

**DE SALVADOR BRAU
HASTA LA
“NOVISIMA” HISTORIA:
UN REPLANTEAMIENTO
Y UNA CRITICA**

*María de los Angeles Castro Arroyo**

*Agradezco profundamente las críticas y acertadas sugerencias de Georg Fromm, Arcadio Díaz Quiñones, Gervasio Luis García, María Dolores Luque de Sánchez, María Margarita Flores Collazo y Laura Náter Vázquez.

MARIA DE LOS ANGELES CASTRO ARROYO (Ph.D.) es Catedrática del Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y directora del Centro de Investigaciones Históricas. Entre sus publicaciones figuran: *Arquitectura en San Juan de Puerto Rico (siglo xix)*. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1980; junto a María Dolores Luque de Sánchez y Gervasio L. García, *Los primeros pasos: una bibliografía para empezar a investigar la historia de Puerto Rico*. 2da. ed. rev., Río Piedras, Ediciones Huracán, 1987; "Arquitectura y sociedad: San Juan tras la fachada", *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 1, 1985-1986, pp. 27-39.

Las décadas de 1970 y 1980 han sido las más fructíferas de la historiografía puertorriqueña. La copiosa producción corre pareja a la avidez de los lectores por nuevos textos que informen y expliquen la historia nacional. Los puertorriqueños sienten la urgencia de conocer sus raíces; de saber cómo y por qué llegamos al estado presente. Este reclamo obedece en parte a nuestra incapacidad colectiva para explicarnos el deterioro social que vivimos y para encontrar soluciones acertadas que nos saquen de un abismo que parece profundizarse día tras día. La inconformidad y la desmoralización pública ante la realidad presente se evidencian por todas partes. El porcentaje de la emigración entre los grupos profesionales aumenta a un ritmo vertiginoso; la criminalidad siembra el desasosiego sin distinción de clases; la alarmante dependencia en los fondos federales debilita cada vez más la disposición insular para asumir su responsabilidad intrínseca; la corrupción administrativa afecta el desarrollo de las instituciones públicas y privadas del país; y, en general, contrario a lo que la observación superficial de los malos hábitos de consumo parecería indicar, se vive artificialmente del crédito y de los cheques de alimentos llegados del D.C.

En medio de esta crisis, causada en buena medida por el colapso del proyecto populista de los '40, se mira retrospectivamente en busca de respuestas al desconcierto y de pistas que den la clave para enderezar el rumbo de la sociedad. La historia se convierte así en una necesidad perentoria. El estudio del pasado es una manera de legitimar o impugnar las acciones del presente; puede apoyar o desalentar acciones futuras. De ahí que ante la insatisfacción con las explicaciones prevalecientes, se replanteen las versiones "consagradas" y se imponga una actitud revisionista que es fundamentalmente crítica.

Este afán por desentrañar nuestra historia obedece también a la necesidad de distinguirnos de los conciudadanos del Norte, tanto para combatir la anexión como para acentuar las semejanzas en las diferencias. Dada la peculiar condición de dependencia política de Puerto Rico y la asimilación gradual —pero firme— al sistema de vida norteamericano, es vital para los puertorriqueños destacar los rasgos que los singularizan frente a la metrópoli. Y si aceptamos que la conciencia nacional no es exclusiva de los independentistas, podemos afirmar que la preocupación historiográfica actual es una acción de reafirmación nacional que toca y compete a todos, indistintamente de la ideología política que profese cada quien.

Las motivaciones para explicar nuestro pasado sobran, pero por sí solas son insuficientes. El renacer historiográfico ha sido posible porque existe un

cuerpo de historiadores profesionales y de científicos sociales adecuadamente preparado para asumir las responsabilidades correspondientes. Este es en parte el fruto de la semilla sembrada por la reforma universitaria de 1941. En la proyectada "...radical renovación de los estudios universitarios...", se propuso un plan para la regeneración de los estudios históricos en el que se perseguía su profesionalización; se buscaba incorporar al estudio de la historia local las técnicas historiográficas más modernas de entonces. Se pretendía, asimismo, crear un claustro "nativo, con arraigo permanente en las aulas y sólida preparación profesional", para sustituir al inestable profesorado de importación. Existía el convencimiento de que sólo el "...sentido de continuidad con el pasado [podía] crear la justa perspectiva para el enfoque de nuestra realidad de hoy..."¹ En síntesis, la historia participó de la atmósfera de reconstrucción que permeaba el país. Había que comenzar por formar historiadores que retomaran el cauce iniciado por Acosta, Tapia y Brau en el siglo XIX y encauzaran los estudios históricos hacia el futuro, dándole a su vez continuidad a lo que ya se había iniciado. Producto de esa primera gestión fue el grupo de historiadores que hoy identificamos como de la generación del '40. Aportaron ellos una impresionante obra y fueron los maestros que formaron buena parte de los historiadores de la generación del '70.

La reforma universitaria del '41, siguiendo la corriente prevaleciente en los Estados Unidos, separó la historia de las ciencias sociales, ubicándola bajo la Facultad de Humanidades. Esto causó la segregación de los historiadores de los científicos sociales, lo que se aprecia en las obras de unos y otros.² Sin embargo, el reencuentro se produjo en la década de los '60 y aunque persisten diferencias en métodos y actitudes no hay duda de que sobre éstas prevalece la interacción. La aportación de los científicos sociales ha sido muy importante en la renovación historiográfica del presente.

El interés general que existe hoy por conocer y escribir historias ha tocado también a los historiadores "aficionados"; es decir, a los que no se consideran "profesionales" de la disciplina por no haber cursado estudios especializados en ella. Si bien es cierto que la lectura de sus textos suele exigir mayor cautela, su aportación no deja de ser significativa. Sus obras suelen recoger información valiosa que muchas veces está en documentos custodiados por sus propias familias y amigos o se nutren de la tradición oral de su medio ambiente. Además, de estos trabajos nos interesan sus enfoques o el modo como se acercan sus autores a los acontecimientos del pasado que reconstru-

¹ Antonio Rivera y Arturo Morales Carrión, *La enseñanza de la historia de Puerto Rico en las escuelas públicas de Puerto Rico*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, pp. 74-81.

² *Ibid.*, pp. 61-64; Francisco Scarano, *La historia que heredamos. Acercamientos y problemas de la historiografía puertorriqueña*. Ponencia presentada en el Primer Seminario Anual de Investigación auspiciado por CEREP y celebrado en San Juan, Puerto Rico, los días 11 y 12 de marzo de 1983, mimeografiado, p. 10.

yen y que tanto puede decirnos sobre las mentalidades de determinados grupos sociales.

Estas son sólo algunas de las razones más aparentes para explicar el enriquecimiento historiográfico actual. Muchas otras que podrían servir de acicate a nuevos trabajos quedan en el tintero. Pero indistintamente de los factores que actúan para impulsar este auge, los resultados han sido a todas luces sobresalientes. Hoy conocemos muchísimo más de nuestra historia que hace 20 años.

Las raíces de la historiografía contemporánea

Generalmente se reconoce a Salvador Brau como el “padre” de la historiografía puertorriqueña sin que ésto quiera decir que fuera el primero ni mucho menos el único de los historiadores decimonónicos. José Julián Acosta, Alejandro Tapia y Rivera y Cayetano Coll y Toste hicieron importantes aportaciones de carácter metodológico y sus eruditas obras han servido de base e inspiración a no pocos trabajos posteriores. Sin embargo, es Brau quien colma las expectativas y en cierto modo sienta las pautas del juego. Nacido en 1842 y muerto en 1912 vivió dos importantes crisis transicionales: las luchas autonomistas de la última década del siglo XIX y la invasión norteamericana de 1898. Fue periodista, poeta, sociólogo, historiador, letrado autodidacta, autonomista...

Como sociólogo-historiador, entronca con los esquemas del positivismo, movimiento originado por Augusto Comte en el siglo XIX que se empeña en buscar las leyes de la historia determinantes del desarrollo de la sociedad. Toma, sobre todo, la metodología científica que es propia de esta doctrina y que propulsa la comprobación empírica de los juicios que se emiten. Los instrumentos esenciales de su método son la observación, la recopilación de evidencia (los datos) y la confrontación de fuentes. La “verdad” a que se llega por estos medios permite la rectificación de versiones anteriores bajo un reclamo de imparcialidad.

Brau aplica con rigor estos postulados de la metodología positivista; busca apoyar en fuentes fidedignas, meticulosamente auscultadas, sus interpretaciones históricas. La confianza en el método le permite asumir una actitud revisionista y crítica, incluso ante sus propias obras.³ Se propone “desembarazar nuestra historia local de yerros, consejas y contradicciones

³ “Si la documentación que durante un año he compulsado en el Archivo General de Indias, fuente histórica irrecusable, desmintiera o contradijera algunas de las conclusiones que he mantenido hasta hoy, mi empeño en esclarecer la verdad y la rectitud de conciencia en que he procurado inspirarme, me impulsarían, con honra para mi nombre a rectificar mis asertos”. Citado por Eugenio Fernández Méndez en la Introducción al libro de Brau, *Puerto Rico y su historia*. San Juan de Puerto Rico, Editorial IV Centenario, 1972, p. 13. La primera edición de esta obra es de 1894.

que nadie hasta entonces se había cuidado de refutar...”⁴ Muestra inconformidad con las versiones prevalecientes en su época y al apoyarse en una metodología “nueva” y rigurosa, fundamentada en testimonios irrefutables, piensa honradamente que puede escapar a cualquier juicio subjetivo. El reclamo de imparcialidad le sirve entonces para legitimar su propia versión.

Sin embargo, como historiador-sociólogo, Brau no encaja totalmente en el esquema positivista. Sus escritos, lejos de hilvanar datos cronológicamente en un vano empeño por “objetivizar” la historia, intentan explicar además de informar, superando así el concepto de que los datos históricos son importantes en sí mismos. Se preocupa fundamentalmente por la historia social y asume posiciones específicas frente al problema histórico que analiza. Fiel exponente de las ideas del progreso y el orden tan en boga en su momento, aprecia al ser humano en su dimensión social y parte para sus análisis de preocupaciones de su propio presente.

En uno de sus ensayos más celebrados, “Las clases jornaleras de Puerto Rico. Su estado actual, causas que lo sostienen y medios de propender al adelanto moral y material de dicha clase” (1882), piensa la historia como instrumento combativo. Desde su descriptivo título anuncia al lector un proyecto que será nacional y autonomista. En él hace causa común con la clase propietaria criolla y funde los intereses de ésta al bienestar del país.⁵ Concibe un orden social particular donde cada grupo tiene un papel asignado: el hacendado dirige, el jornalero trabaja, el sacerdote cuida de la moral y la mujer educa los dirigentes del mañana dentro del orden establecido. Esta sociedad jerarquizada, poco democrática, que sugiere Brau encaja en los moldes positivistas de su tiempo. Aunque él no lo afirma explícitamente, los intelectuales unen su suerte a la de los hacendados criollos y no hay que olvidar que el tercero de los estados que augura Comte en su conocido esquema, el positivo, es un orden intelectual que priva sobre una sociedad estratificada.

Las luchas autonomistas en las que estuvo tan comprometido no enturbian el sentir hispanófilo de Brau. Hijo de peninsulares, como tantos otros liberales criollos, aprendió a amar a España aún dentro de las contradicciones que imponía el régimen colonial.⁶ A lo largo de sus obras se exalta la labor de España en la isla y los atropellos de la conquista se justifican ante la

⁴ Isabel Gutiérrez del Arroyo, *Historiografía puertorriqueña*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, p. 20; Cf. Loida Figueroa, *Historiografía de Puerto Rico*. Madrid, 1975, pp. 31-34.

⁵ Sobre la actitud crítica y revisionista de Brau y su alegada objetividad cf. Gervasio L. García, “La crítica histórica: ¿ejecución, perdón o comprensión?” en *Historia crítica, historia sin coartadas. Algunos problemas de la historia de Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985, pp. 19-30.

⁶ Cf. Eugenio Fernández Méndez, *Historia cultural de Puerto Rico, 1493-1968*. San Juan de Puerto Rico, Ediciones El Cerní, 1970, pp. 227-230.

superioridad cultural del europeo. Esa preeminencia asume el tono de un paternalismo que “guía” primero al indígena y luego al negro por la senda del progreso y la civilización. A su vez, el propietario autonomista de fines del siglo pasado retoma esa misma actitud paternal ante el hombre común a quien aprecia dócil, ignorante e inestable y, por consiguiente, necesitado de dirección. Pero como buen nacionalista-autonomista, Brau considera al Estado existente incapaz para resolver por sí solo los problemas que afectaban a la clase trabajadora y limita su intervención. El elemento de progreso debe partir de la iniciativa individual, de los hacendados criollos específicamente, y de las cooperativas obreras que actuarían bajo la vigilancia y protección de la clase propietaria.⁷

Por otro lado, Brau está consciente de las debilidades —y potencialidades— de la capa de los hacendados criollos dentro de la clase propietaria dominante. Los estudios más recientes de la historiografía puertorriqueña, en especial los de Andrés A. Ramos Mattei y Francisco A. Scarano, prueban la subordinación de los hacendados criollos a los extranjeros quienes copaban los estratos superiores de la clase propietaria. La defensa que hace Brau del propietario criollo y las responsabilidades que le fija en sus ensayos sociológicos forman parte de la lucha que desde su posición subordinada —en crisis eterna— sostienen las capas criollas por alcanzar —o cuando menos participar— en la administración colonial de la que están excluidos.⁸ Sus textos de historia, al afincar las raíces puertorriqueñas en su estirpe hispánica (excluyendo los demás componentes étnicos) e insistir en la asimilación a la cultura metropolitana, apoyan esa lucha. Esta combinación un tanto contradictoria de afirmación nacionalista y de amor filial a la metrópoli que apreciamos en sus escritos constituye un rasgo de la ideología autonomista que oscila entre la diferenciación (o la identidad propia) y la dependencia. Es la “españolidad puertorriqueña” de que hablará Pedreira casi medio siglo más tarde.

La influencia que Brau ha ejercido sobre las generaciones posteriores ha sido considerable. Su *Historia de Puerto Rico*, escrita en 1904 como manual para la enseñanza de la historia patria en la escuela elemental, todavía se utiliza incluso a nivel universitario. La obra se divide en 28 capítulos y aunque aborda el proceso histórico en forma temática, la concepción general de éste responde a tres momentos cruciales en el devenir del “pueblo” puertorriqueño. El primero corresponde a la etapa de la conquista (caps. 1-10); el segundo abarca los siglos XVII y XVIII, incluido el “despertar” con las

⁷ Salvador Brau, *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos*. Río Piedras, Ediciones del Instituto de Literatura, 1956, pp. 123-188, 181-182.

⁸ Cf. Dulce María Tirado Merced, “Las raíces sociales del liberalismo criollo. El Partido Liberal Reformista, 1870-1875”. Tesis de M.A. presentada al Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1983.

reformas borbónicas (caps. 11-19); el tercero es el siglo XIX, el siglo de las luchas políticas, las reformas autonomistas y la consolidación nacional (caps. 20-27). Termina su obra con el advenimiento del gobierno civil bajo la Ley Foraker (1900) y la advertencia velada de que toca al “Pueblo de Puerto Rico [como indica el texto de la ley] secundar esa obra legislativa, no perdiendo de vista el dogma fundamental y el sentido práctico de la nación a quien van unidos sus destinos”.⁹ Ese “pueblo” de Puerto Rico a quien Brau encomienda la responsabilidad no es otro que la clase propietaria criolla que había logrado la autonomía de España en 1897.

En su conceptualización de las etapas de desarrollo de esa clase en su proceso “civilizador” y de consolidación nacional, Brau sentó las bases para la interpretación que unas décadas más tarde hicieron Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco. El proyecto nacionalista-autonomista que propuso tuvo eco en medio de una nueva crisis: la de la Gran Depresión de la década de 1930.

El discurso de Brau se interrumpió a su muerte en 1912. Razones de diversa índole explican el colapso de la historiografía durante las primeras décadas del XX. El desconcierto que se generó a raíz de la invasión norteamericana y los obligados reajustes políticos, socio-económicos y culturales incendiaron nuevas luchas en medio de una gran confusión ideológica. La élite educada dedicaba sus esfuerzos a resolver los problemas más apremiantes como eran el de la ciudadanía, el régimen de gobierno prevaleciente que anulaba los triunfos autonomistas de 1897 y la resistencia frente a la “norteamericanización forzosa” ejemplificada en la intensa polémica para preservar la lengua castellana. Por su lado, los hacendados buscaban acomodo en la nueva estructura dominante. La educación, especialmente la universitaria, era extranjerizante; la historia nacional se excluía o se reducía al mínimo y no fue hasta 1924 que se estableció la primera cátedra de historia de Puerto Rico dictada por Rafael W. Ramírez.¹⁰

Poco podía lograrse en ese ambiente para adelantar los preceptos historiográficos heredados de Brau. A falta de un programa formativo que generara nuevos historiadores, los que escribían eran intelectuales o profesionales de otras disciplinas aficionados a la historia como eran el propio Ramírez (pedagogo), Cayetano Coll y Toste (médico) y Angel Rivero Méndez (capitán retirado de Artillería), entre otros.¹¹ Tampoco se estimulaba desde los círculos oficiales la investigación ni la curiosidad por desenmarañar el conoci-

⁹ Salvador Brau, *Historia de Puerto Rico*. Edición facsimilar, San Juan de Puerto Rico, Editorial Coquí, 1956, p. 310. El término “pueblo” no es en sí excluyente. En su sentido más amplio alude al conjunto de habitantes reunidos en una comunidad pero en la forma en que lo usa Brau crea la falsa impresión de una sociedad homogénea, no jerarquizada, en la que participan todos por igual.

¹⁰ Rivera, *La enseñanza...*, pp. 59-64; Scarano, *La historia que heredamos...*, pp. 7-9.

¹¹ Figueroa, *op. cit.*, pp. 41-76; Scarano, *La historia que heredamos...*, pp. 7-9.

miento de nuestra historia. En cierto modo, esta última situación no dejaba de tener alguna continuidad con los historiadores del XIX y explica parcialmente el apego a la crónica y las recopilaciones documentales. Ambos son recursos historiográficos válidos y de probada utilidad. Son además formas viables a los historiadores aficionados que carecen de los instrumentos metodológicos que asisten a los profesionales. No obstante, imprimieron un compás de espera a la ruta emprendida por Brau. Otros escritores, como Juan B. Soto, Juan J. Osuna y José Enamorado Cuesta, presentaron versiones pro-americanas donde se exaltaba la gestión de los Estados Unidos en Puerto Rico.¹² El libro de Osuna tuvo su contraparte años después en la *Historia de la educación en el Puerto Rico colonial, 1508-1898* de Antonio Cuesta Mendoza. En la introducción se disculpa con el lector si las páginas le sonaran más a un panegírico que al relato ecuánime de una historia y lo achaca “a la natural reacción que produce el brillo de la verdad tras la opacidad del error...” En un tono ampuloso, dirigido a contrarrestar la tesis de Osuna, describe los esfuerzos de España por desarrollar la educación en Puerto Rico. Se silencian las acciones dirigidas a entorpecerla. El libro se publicó en 1946 pero había sido presentado casi 10 años antes como tesis doctoral en la Universidad Católica de Washington, D.C.¹³

La actividad intelectual, particularmente la de los autonomistas e independentistas de la década de 1920, con su énfasis en las raíces hispánicas de lo puertorriqueño, allanó el camino para los debates intelectuales de la década posterior a los que las interpretaciones históricas de Brau aportaron no pocos argumentos.

La depresión mundial y las síntesis interpretativas de la generación del '30.

La crisis socio-económica de carácter mundial que se vivió durante la década del '30 tuvo en Puerto Rico repercusiones ideológicas y culturales que promovieron profundas transformaciones sociales y políticas.¹⁴ Entre el grupo de intelectuales que aspiró a “generalizar su visión e interpretación de

¹² Juan B. Soto, *Causas y consecuencias, antecedentes diplomáticos y efectos de la guerra hispanoamericana*. San Juan, Puerto Rico, La Correspondencia de Puerto Rico, 1922; Juan J. Osuna, *Education in Puerto Rico*. New York, Teacher's College, Columbia University, 1923; José Enamorado Cuesta, *Puerto Rico, Past and Present*. New York, Eureka Printing Co., 1929; Cf. Figueroa, *op. cit.*, pp. 41-46.

¹³ Antonio Cuesta Mendoza, *Historia de la educación en el Puerto Rico colonial, volumen I, 1508-1821*. México, 1946, pp. 10-12. El volumen II, 1821-1898, se publicó en República Dominicana, 1948.

¹⁴ Sobre este tema cf. los estimulantes trabajos de Arcadio Díaz Quiñones, *El almuerzo en la hierba* (Lloréns Torres, Palés Matos, René Marqués). Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982 y “Tomás Blanco: racismo, historia, esclavitud” en Tomás Blanco, *El prejuicio racial en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985, pp. 15-83.

la realidad puertorriqueña”, destacaron Pedreira y Blanco. Ninguno de los dos era “historiador” pero ambos intentaron una síntesis del proceso histórico puertorriqueño.

Antonio S. Pedreira (1899-1939) publica en 1934 el libro que mayor peso ha ejercido sobre el concepto del ser puertorriqueño y su devenir histórico: *Insularismo*. En él expresa su insatisfacción con el discurso histórico de su tiempo, el posterior a Brau. Critica la benevolencia con que se ha medido la realidad puertorriqueña —“interpretación optimista y estéril”, “historia oficialmente escrita...”— que ha conducido a concepciones erróneas.¹⁵ Es probable que ese severo reproche fuera dirigido a las tesis pro-norteamericanas como las que planteaban Soto, en su libro sobre la Guerra Hispanoamericana, y Osuna, respecto a la educación; a posiciones anti-autonomistas como la de José Enamorado Cuesta; y, sobre todas ellas, a la “historia oficial” escrita por el Comisionado de Instrucción (1915-1921) Paul G. Miller, cuya *Historia de Puerto Rico*, publicada en 1922, sustituyó a la de Brau en los planteles del país.¹⁶ Su inconformidad es legítima pero a la vez le sirve como medio para impugnar las interpretaciones de otros y legitimar su propia reflexión. Aunque no pretende que sus observaciones sean ciertas para los demás y advierte no haber seguido un método científico, aduce haber sometido “hechos y actitudes” a “la más pura y desinteresada meditación”.¹⁷ La alegada imparcialidad de su análisis busca asegurar su credibilidad.

Pedreira se propone identificar los rasgos de la personalidad colectiva del puertorriqueño; busca “señalar los elementos dispersos que pueden dar sentido a nuestra personalidad”, “la esencia de nuestro carácter”.¹⁸ El problema, que da lugar a amplios debates entre los intelectuales de la época, es la expresión local de una corriente occidentalista en la que se intenta el sicoanálisis de la personalidad nacional. A modo de ejemplo podemos señalar el caso del filósofo Samuel Ramos cuya colección de ensayos titulada *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), inicia en dicho país una nueva vertiente del nacionalismo cultural en la que se busca la caracterización de lo mexicano.¹⁹

A la hora de “definir al pueblo puertorriqueño”, Pedreira acentúa sus defectos, proyectando una imagen negativa. Tenemos la mansedumbre del

¹⁵ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*. 3ra. ed., San Juan de Puerto Rico, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1946, pp. 10.

¹⁶ *Supra*, n. 12; Paul G. Miller, *Historia de Puerto Rico*. New York, Rand McNally y Compañía, 1922.

¹⁷ *Ibid.*, p. 9; Arcadio Díaz Quiñones, “Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del treinta”, *Sin Nombre*, San Juan de Puerto Rico, vol. xiv, núm. 3, abril-junio 1984, pp. 21-22.

¹⁸ Pedreira, *op. cit.*, pp. 16, 13.

¹⁹ Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX” en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1981, 2 vols., II, pp. 1471.

cordero, nuestra docilidad es permanente; somos incapaces para la acción conjunta y desinteresada; nuestro desarrollo ha estado marcado por el sometimiento, la humildad, la conformidad, el apocamiento; somos un pueblo triste y deprimido, dado al merodeo expresivo y la hipocresía verbal; carecemos de aplomo porque nos falta conciencia histórica; nuestro fuerte es la improvisación.²⁰ Para él, este carácter resulta de una conjunción de factores determinantes como son la geografía, el coloniaje y el mestizaje racial.

El señalamiento le permite proponer su propio proyecto para el futuro: "...yo vengo a proponer que la ataviemos [la patria] pulcramente con nuestros deberes." Para llevar su mensaje asume una inflexión didáctica y paternalista; lo dirige especialmente a los jóvenes, "los llamados a llenarla [la historia patria], a darle el contenido ideal que todo hombre puro quisiera para su patria."²¹ El matiz de maestro a discípulo impone el peso de la autoridad.

Para fundamentar su proyecto busca las raíces históricas del problema al que se enfrentaba la sociedad puertorriqueña. Sólo así podía el país reencontrar la ruta del progreso hacia un futuro alentador. La imagen que crea de nuestro devenir histórico deriva de la que anticipó Brau, dándole forma definitiva a la conceptualización de éste sobre los períodos de la historia de Puerto Rico.

Es comprensible que Pedreira retome el cauce de Brau puesto que ha repudiado, con criterios válidos, las interpretaciones posteriores. Su propia concepción de la historia de Puerto Rico seguramente se nutrió de los textos de Brau aunque él llega a sus propias conclusiones. Pedreira no encuentra otros modelos que le sean aceptables ni tiene investigaciones propias sobre los siglos XVI al XVIII que le permitieran plantearse otros esquemas cronológicos o temáticos esencialmente distintos a los de Brau. En cambio, sí las tiene sobre el siglo XIX, en el que justificadamente se detiene por los progresos de índole económica, política y cultural que operan en éste. Es decir, la periodización de Brau es plausible al proyecto que propone Pedreira, a diferencia, por ejemplo, de los temas fragmentados de la historia de Miller que le dificultaban obtener una visión clara de la formación del ser puertorriqueño. En este sentido, reconoce la autoridad de Brau sobre la de Miller, que se inserta a la vez en la lucha intelectual de la década.

Pedreira divide la historia de Puerto Rico en tres tiempos o momentos supremos. El primero, el de los siglos XVI al XVIII, es el de "formación y acumulación pasiva" en el que recibimos y absorbimos la herencia europea y cuaja el mestizaje racial. El segundo, el siglo XIX, es de "despertar e iniciación" en el que el criollo entra en proceso de afirmar su personalidad colectiva pero es interrumpido por la invasión norteamericana de 1898. El tercero, la época en que vive, es de "indecisión y transición".

²⁰ Pedreira, *op. cit.*, pp. 28-33, 88, 100-101, 200-201.

²¹ *Ibid.*, pp. 211; Díaz Quiñones, "Recordando el futuro...", p. 22.

Esta periodización sirve de marco a su proyecto. Caracteriza los siglos formativos (XVI-XVIII) como “siglos en blanco”, “desierto cultural”, equiparables a un mar muerto. No hay progreso en estos siglos sino la más absurda explotación.²² En el siglo XIX se opera el cambio: “... La actitud criolla responde más a una voluntad interior que a una presión exterior...” Los representantes nativos tienen una mayor participación en la vida pública, se empieza a “labrar nuestra diferenciación espiritual...” Los héroes de esa transformación son los liberales reformistas, abolicionistas y autonomistas; “...el puñado de separatistas no logró nunca ambiente...”²³ Pero el progreso se interrumpe: “... Y cuando logramos tomar en nuestras propias manos las riendas de nuestro destino colectivo, la guerra hispanoamericana malogró el intento dejándonos a medio hacer y con el problemático inconveniente de empezar a ser otra cosa...”²⁴ El siglo XX es para Pedreira uno de transición en el que la personalidad puertorriqueña se encuentra transeúnte entre dos estilos de vida, el español y el norteamericano. Describe la acción como pendularia, soltando y recogiendo en un ir y venir buscando rumbo. Al mitificar el siglo XIX encauza la ruta a seguir.

La visión decimonónica que presenta *Insularismo* contribuyó a distorsionar los rasgos definitorios del siglo. Los héroes del período son los criollos autonomistas, herederos de la civilización española: “El nativo no renunció jamás a su españolidad puertorriqueña; se consideró siempre español de acá con ideas y reacciones distintas a los de allá...”²⁵ En su hispanofilia ignora o suaviza el carácter de la explotación económica, social y racial impuesto por el colonialismo español. Al idealizar la sociedad de los patriotas autonomistas, aboga por una sociedad patriarcal dirigida por una élite, profundamente racista y, desde luego, totalmente machista. Lo que en realidad propone a los jóvenes es la vuelta al “paraíso perdido”.

Tomás Blanco (1896-1975), médico de profesión pero escritor de vocación, trató de rectificar a Pedreira con su *Prontuario histórico de Puerto Rico* (1935).²⁶ Aunque presenta como motivación su interés de explicar en síntesis “la formación del pueblo puertorriqueño” reconoce que *Insularismo* le sirvió de acicate.²⁷ A pesar de las diferencias en el carácter de sus libros y la intención rectificadora de Blanco, ambos concurren en lo fundamental: el proyecto es el mismo pero Blanco lo expone con mayor claridad; su propuesta es explícitamente autonomista.²⁸

²² *Ibid.*, pp. 52.

²³ *Ibid.*, pp. 89-90.

²⁴ *Ibid.*, p. 90.

²⁵ *Ibid.*, p. 89.

²⁶ Tomás Blanco, *Prontuario histórico de Puerto Rico*. 6ta. ed., San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

²⁷ *Ibid.*, p. 1.

²⁸ *Ibid.*, pp. 50, 68-69, 134-135; Díaz Quiñones, “Recordando el futuro...”, pp. 21-22.

Las coincidencias de método y enfoques son muchas: mantienen la idea del progreso en la historia; propugnan, si bien con énfasis diferentes, el determinismo geográfico; destacan el peso de los factores externos minimizando los internos; adoptan una retórica paternalista y didáctica; muestran un fuerte racismo en el que Blanco sólo aparenta ser más condescendiente; exaltan el procerato autonomista. Blanco, como antes Pedreira, utiliza como fuente básica los textos de Brau. Las razones probablemente fueron las mismas por lo que no hay que extrañarse de que se mantenga el esquema de los períodos históricos propuesto por Brau en el que los tres primeros siglos de nuestra historia son los formativos, el XIX es el de consolidación nacional y el XX (hasta el momento en que escriben) vive la crisis causada por la ruptura de la estabilidad lograda con el advenimiento del sistema autonómico. Blanco insiste en el mito de la colonización pacífica y, después de un desarrollo progresista exento de grandes conflictos sociales, el balance final del régimen español fue el triunfo del pueblo, unido y en paz, en armonía con su pasado. “Al terminar el siglo, los habitantes de Puerto Rico, casi totalmente agrupados bajo el ideal autonomista, pudieron lograr conciencia de pueblo, de unidad social...” Atribuye este logro a diversos factores pero entre éstos destaca “... la parcial fusión de nuestros entronques étnicos y la total convivencia de sus ramas... [y] la calidad de nuestros mejores hombres representativos...”²⁹ La imagen de la “gran familia” encabezada por el procerato autonomista está cuajada.³⁰

Debemos entender los textos de Pedreira y Blanco dentro del clima intelectual de la década del '30 que busca forjar y promover una ideología cultural para un proyecto nacional. Forman ellos parte de una élite letrada que presencié el cambio ocurrido en el país como consecuencia de la invasión norteamericana y que apoya en la tradición cultural la identidad nacional. Es el momento en que la transformación de lo tradicional a lo moderno se asume como crisis. La solución está en regresar al pasado; el orden tradicional es el punto de arranque. Deberá reconstituirse la unidad familiar.³¹ El pasado español mitificado se exalta como un frente a la amenaza de la americanización, símbolo de la modernización y el descalabro del orden tradicional que se anhela rescatar.

Desde el punto de vista estrictamente historiográfico los ensayos de Pedreira y Blanco se apartan del rigor científico que pivó en las obras de Brau. Como no intentan escribir “obras de historia” no se sienten obligados a identificar sistemáticamente las fuentes de donde obtienen la información que sustentan sus interpretaciones. Sin embargo, es evidente el uso de los textos

²⁹ Blanco, *Prontuario...*, p. 91.

³⁰ Díaz Quiñones, “Tomás Blanco...”, pp. 36-48.

³¹ *Ibid.*, pp. 17, 21-34, 47-48; Díaz Quiñones, “Recordando el futuro imaginario...”, pp. 25-27.

de Brau, que interpretan libremente. El valor fundamental de sus obras radica en la concepción peculiar del proceso histórico puertorriqueño y su adecuación a la solución autonomista. En este sentido, su influencia sobre la generación del '40 fue decisiva. A ésta correspondió rellenar las síntesis interpretativas de aquéllos con el "contenido" histórico.

El proyecto populista del '40 y la profesionalización de los estudios históricos

El Partido Popular Democrático configuró el proyecto para superar la gran crisis de los '30. La atmósfera general era de reforma, de renovación en todos los órdenes y de ella participaron los estudios históricos. Como resultado de la reestructuración universitaria se fundó el Departamento de Historia y se institucionalizó la profesionalización de la disciplina. El discurso que se presentó de ese momento en adelante fue de corte profesional. Se renovó el interés por la historia nacional y se actualizó la metodología.³²

Arturo Morales Carrión, uno de los más destacados de los historiadores de la generación del '40, concibió el plan para el desarrollo del programa de historia en la Universidad de Puerto Rico. Doctorado por la Universidad de Columbia (Nueva York), está vinculado ideológicamente con el proyecto populista. Mediante su ensayo titulado *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico* (1950), interviene en el debate iniciado en los '30 sobre la esencia del ser puertorriqueño. Su motivación es de corte criollista. Reacciona a la posición de "...algunos extranjeros..." que con "un criterio en extremo superficial... han venido a negar la realidad de esa cultura y aún de nuestra historia..."³³ El ensayo fue dirigido al lector hispanoamericano, a quien nuestro historiador quiso dar "... una idea general... de ciertos factores sobresalientes que concurren en nuestro proceso histórico isleño...", y a los no iniciados en la trayectoria cultural y social de los puertorriqueños.³⁴ De ahí que no se aparte del tono didáctico de Pedreira y Blanco.

Metodológicamente adoptó, como los anteriores, la forma del ensayo:

...No trata este librito de estudios terminados o de investigaciones eruditas.
Mas bien consiste de observaciones, atisbos e intentos esquemáticos, de lo

³² Cf. Scarano, *La historia que heredamos...* p. 10; María de los Angeles Castro, "El Centro de Investigaciones Históricas: breve historia de un proceso (1946-1986)", *Op. Cit.*, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, núm. 2, 1986-1987, pp. 9-25.

³³ Arturo Morales Carrión, *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico y otros ensayos*. San Juan, Editorial Cordillera, 1974, p. 8. El ensayo se publicó originalmente en 1950 en el libro *Puerto Rico* de la colección *América*. En el Prefacio a la edición de 1974, Morales Carrión aclara a quién hacía referencia especialmente: "al artículo lleno de prejuicios del profesor Daniel J. Boorstin, "Self-Discovery in Puerto Rico", publicado en *The Yale Review* (Diciembre, 1955). Vol XV, No. 2, 229-245".

³⁴ *Ibid.*, p. 15.

que para mí es Puerto Rico como realidad vital, como preocupación persistente, como patria...³⁵

El carácter del ensayo le permitió exponer libremente sus opiniones propias, coartadas en los libros de historia donde la "objetividad" era requisito insoslayable.

En su ojeada al proceso histórico recorrido por los puertorriqueños, Morales Carrión busca "... el sentido de nuestra evolución como pueblo..."; elabora una visión de conjunto con el "...vivo deseo de que vea el lector el eslabonamiento de generaciones, creador entre nosotros de una continuidad de esfuerzos sin la cual perdería Puerto Rico su unidad histórica, su vivencia de pueblo..."³⁶ El debate sobre la esencia del puertorriqueño es sumamente importante para el propósito del libro: si existe una identidad puertorriqueña cuaja la tesis de la armonía alcanzada. Presupone ésta la conquista de los antagonismos de clases y capas sociales, llegándose a un entendido en el que los letrados y propietarios llevan las riendas del país en nombre del bien común. No obstante, el triunfo popular de 1940 se entiende como el triunfo del jíbaro y su voto asegura el entronque vital con el pasado: "... una democracia rural se ha puesto en marcha. La alientan impulsos vitales suficientes para rescatar la tierra y la riqueza nativas y recrear la vida social conforme a un sentido de valoración superior..."³⁷

La periodización del proceso no se aparta en esencia de la que antes propusieron Brau, Pedreira y Blanco. El XIX sigue siendo el siglo por excelencia pero el tiempo histórico se extiende hasta el '40. Subraya "...ciertas direcciones..." de ese momento, muy en especial "... las circunstancias que rodean al asombroso triunfo político de 1940 ..." y considera incalculables las proyecciones para el futuro.³⁸ Aunque escribe 10 años después del triunfo no pasa revista sobre lo acaecido durante esa década: "... Vivimos aún en el tumulto de sus consecuencias, no siempre atentas a la orientación inicial. Como en todo empeño de rehacer la realidad social y cotidiana, ha habido que transigir e improvisar."³⁹ Consciente de que se ha cedido e improvisado evita las impugnaciones al proyecto que se ha puesto en marcha.

La imagen que dibuja de la sociedad puertorriqueña, particularmente la decimonónica, no rompe con las anteriores. El pueblo es manso y moderado como el clima y la geografía del país; es paciente y comprensivo. Los héroes reformistas y autonomistas, cultos y refinados, entran en conflicto con la metrópoli pero optan siempre por las actitudes realistas, medidas, evitando

³⁵ *Ibid.*, p. 8.

³⁶ *Ibid.*, pp. 10-11.

³⁷ *Ibid.*, pp. 64 y 15.

³⁸ *Ibid.*, p. 15.

³⁹ *Ibid.*

las posiciones extremas, la violencia y el separatismo. Dentro de este patrón se exaltan las luchas políticas pero se suavizan los conflictos sociales y las contradicciones del sistema. Su visión del nacionalismo albizuista es estrecha y despectiva.⁴⁰

Con esa misma idea de consenso concluye Morales Carrión su excelente libro *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean*. Según él, España no desarrolló en Puerto Rico una colonia de explotación, lo que promovió una sociedad con menos tensiones raciales y una población más homogénea que en las islas no-hispanicas. La fuerza de la pobreza dio lugar a una igualdad rústica. Ese legado persistió a pesar del desarrollo económico del XIX.⁴¹ Subyace en esta concepción el principio de la armonía social que prepara el camino para la concordia política alcanzada bajo los autonomistas.

La visión del proceso histórico que articuló Morales Carrión se institucionalizó con el libro *Historia del pueblo de Puerto Rico: (Desde sus orígenes hasta el siglo XVIII)*, adoptado como texto por el Departamento de Instrucción Pública. Su dedicatoria emula la de Brau en *La colonización de Puerto Rico*: “A mis hijos para que no olviden la raíz de donde proceden”.⁴² En este libro interesa subrayar “la formación social, los hábitos y las costumbres que configuran lentamente al pueblo puertorriqueño...” Reitera la noción de que los tres primeros siglos fueron formativos —aunque no estériles ni sumidos en el aislamiento como aducía Pedreira— mientras que la creación de la patria fue tarea del XIX. El preludio de lo que acontecerá en ese siglo, no cubierto por el libro, lo apreciamos en el incidente con el que finaliza. En la defensa heroica frente a los ingleses en 1797 es la hazaña de Pepe Díaz la que pasa a la tradición; la memoria del criollo prevalece sobre la del capitán general. Pepe Díaz simboliza aquí la consolidación nacional del puertorriqueño.

Perfil de la historia “tradicional”

Morales Carrión es quien mejor representa la continuidad del discurso histórico iniciado por Brau y modulado por Pedreira y Blanco pero dista mucho de ser el único. Alrededor del Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico se consolidó toda una generación de historiadores profesionales con caracteres definidos y una cierta homogeneidad sin que los

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 32, 34, 42, 59, 65.

⁴¹ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism*. Río Piedras, University of Puerto Rico, 1971, p. 143.

⁴² Arturo Morales Carrión, *Historia del pueblo de Puerto Rico (Desde sus orígenes hasta el siglo XVIII)*. Estado Libre Asociado de Puerto Rico, Editorial del Departamento de Instrucción Pública, 1968. La dedicatoria de Brau lee: “A mis nietos para que sepan de donde vienen y no lleguen desprevenidos a donde van.” Salvador Brau, *La colonización de Puerto Rico. Desde el descubrimiento de la isla hasta la reversión a la corona española de los privilegios de Colón*. 4ta. ed. anotada por Isabel Gutiérrez del Arroyo, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969.

elementos comunes que los unen impliquen uniformidad cualitativa o igualdad absoluta de enfoques. Creo que esto fue posible porque, aparte de los preceptos que rigen la historiografía de la época, hubo en cierto modo “una historia oficial” resultante del dominio de la ideología autonomista en todos los órdenes.

Aún los historiadores no identificados con la ideología dominante coinciden en la manera de acercarse al estudio de nuestro pasado; el enfoque metodológico y conceptual es esencialmente el mismo en la medida en que centran su análisis en el procerato criollo que lucha por conseguir un sistema de gobierno más justo y equitativo. Se diferencian en el énfasis que ponen en las posturas asumidas por los héroes que guían las luchas del “pueblo” (e.g. Muñoz Rivera vs. Barbosa) y en el grado de hispanofilia que exhuman sus obras. Mientras los independentistas y estadolibristas atemperan los atropellos del régimen bajo el que se forjó la sociedad puertorriqueña y del que consiguió, a base de lealtad y tenacidad, la ansiada autonomía y la equiparación ciudadana, los “estadistas” acentúan los agravios y abusos que soportaron los puertorriqueños bajo el despótico y opresivo gobierno de los capitanes generales. Dichas interpretaciones, con sus contradicciones, reforzaban los argumentos con que los políticos de la época enfrentaban el autoritarismo de la nueva metrópoli o defendían el “progreso” bajo el gobierno republicano y democrático de los Estados Unidos. No obstante, el hecho de que la mayor parte de los historiadores convergen en el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico estimuló también las semejanzas y propició la primacía de determinados valores historiográficos. Veamos cuáles son las características comunes que unen a la generación del '40.

En primer lugar debemos destacar el concepto positivista de la historia y la metodología científicista que le es propia. Sus versiones históricas se apoyan en fuentes primarias, principalmente en papeles oficiales del Estado y periódicos, y en una notable erudición. El reclamo de la más “absoluta objetividad” conlleva implícitamente la creencia de que existe sólo “una” historia, la verdadera, y les impide orientar sus trabajos con hipótesis previas. Las fuentes “conducen” la investigación y arrojan los resultados objetivos. Este postulado lo resume Lidio Cruz Monclova en el Prefacio de su leída *Historia de Puerto Rico (siglo XIX)* obra de inevitable consulta para todo el que se interese por la historia del país. “En efecto, —dice Cruz Monclova— afanosos de alcanzar una serena imparcialidad, hemos preferido dejar, aun a riesgo de pecar por exceso, que los documentos y los hechos hablen por sí...”⁴³ Y lo remacha desde el título en una obra posterior que tituló *Los documentos ¿qué dicen?*⁴⁴

⁴³ Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico (siglo XIX)*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 1952-1964, 5 vols.

⁴⁴ Reece Bothwell y Lidio Cruz Monclova, *Los documentos ¿qué dicen?* Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1974.

La temática predominante es la historia política del siglo XIX, en particular las luchas autonomistas del último tercio. A pesar de las diferentes interpretaciones de algunos historiadores que escriben sobre un mismo período (e.g. Lidio Cruz Monclova vs. Pilar Barbosa de Rosario) el acercamiento a los problemas fundamentales del siglo XIX es básicamente el mismo: las luchas de los liberales criollos frente a los peninsulares y las rivalidades internas que terminan por dividir irremisiblemente a los autonomistas. El enfoque prescinde del análisis socio-económico; descansa en el recuento de los debates en la prensa, la correspondencia que cruza el liderato entre sí y las relaciones de éste con las distintas esferas del poder metropolitano.

El interés por conocer el siglo XIX y la evolución política que se experimentó es válido y está justificado, entre muchas otras cosas, porque resulta imprescindible para conocer sus proyecciones en el XX pero, ¿por qué quedarse en él? Como generación, los historiadores del '40 desatendieron la historia contemporánea. En aras de la objetividad rehuyeron el siglo XX. Aparte de las preferencias particulares por los siglos anteriores, nos preguntamos si el razonamiento de la objetividad no esconde más bien cierto temor a tener que emitir juicios críticos sobre un proyecto con el que muchos de ellos estaban comprometidos. O, ¿sería acaso este silencio sobre los problemas actuales un efecto más —inconsciente o no— de la ley de la mordaza, vigente desde 1948 hasta 1957?⁴⁵ Entre estos historiadores fue Morales Carrión quien, desde la cátedra universitaria a nivel graduado, evidenció un interés más consistente por acercarse a los procesos inmediatos. La parte principal de su libro más reciente, *Puerto Rico. A Political and Cultural History*, publicado en 1983, es la del siglo XX. Por insertarse en el debate historiográfico de las décadas de 1970 y 1980, volveremos a él más adelante.

La generación del '40 se ocupa también con mucho interés de la historia institucional concebida en su fundamento jurídico y con una fuerte tendencia a la exaltación de la ley. En este campo destacan los trabajos de Aída R. Caro Costas, pormenorizados estudios sobre la configuración de instituciones claves para entender el siglo XVIII puertorriqueño como son el cabildo, el cargo de teniente de gobernador y el juicio de residencia.⁴⁶

La curiosidad por desenmarañar la madeja administrativa del imperio español en América es una preocupación generalizada entre los historiadores

⁴⁵ Ivonne Acosta, *La mordaza*. Río Piedras, Editorial Edil, 1987.

⁴⁶ Aída R. Caro Costas, *El cabildo o régimen municipal puertorriqueño en el siglo XVIII*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Municipio de San Juan, 1965, 1974, 2 vols.; *El juicio de residencia a los gobernadores de Puerto Rico en el siglo XVIII*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978; "El oficio de teniente de gobernador en Puerto Rico en el siglo XVIII", *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vol. III, núm. 12, junio 1974, pp. 63-105.

peninsulares y americanos centrados en los años '30 al '60. Predomina una corriente interpretativa que deriva de historiadores del derecho español en América entre los que destacan Rafael Altamira y Crevea, quien llegó incluso a escribir un *Manual de investigación de la historia del derecho indiano* (1948), Alfonso García Gallo y José María Ots Capdequí.⁴⁷ La línea rectora de la concepción de las instituciones propende a justificar el orden administrativo impuesto por la metrópoli; se adivina en ella una intención exculpatoria. El cuerpo legal que cobijaba las instituciones rectoras del orden gubernamental, fuera producto del trasplante, la adaptación o el "casuismo" con sus elementos condicionantes, era legítimo por razón de derecho. Este concepto lo ejemplifican el análisis que prevalece entre historiadores americanos como Silvio Zavala y Lewis Hanke ante la polémica de los justos títulos y la tesis del historiador argentino Ricardo Levene para quien las Indias no eran colonias sino provincias de España.⁴⁸ Las numerosas recopilaciones de leyes y reglamentos y las historias de los cuerpos legales corresponden igualmente a la misma actitud sin que esta apreciación descarte el propósito útil de darlos a conocer para facilitar investigaciones posteriores y la idea de que son suficientes en sí mismos.⁴⁹

⁴⁷ Rafael Altamira y Crevea, *Manual de investigación de la historia del derecho indiano*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1948; Cf. también, Alfonso García Gallo, *Curso de historia del derecho español*. Madrid, 1958.

La bibliografía sobre el desarrollo de las instituciones en América y el sistema administrativo en sus territorios americanos es extensa. Destacan en ella historiadores peninsulares y americanos. A modo de ejemplo señalamos algunos de los títulos más relevantes. Rafael Altamira y Crevea, *Autonomía y descentralización administrativa en el régimen colonial*. Portugal, Coimbra Editora, 1945-46, 2 vols.; *Los orígenes de la administración territorial de las Indias*. Madrid, Publicación del Anuario de Historia del Derecho Español, 1944; Ricardo Levene, *Introducción a la historia del derecho indiano*. Buenos Aires, Librería Jurídica, 1924; José M. Ots Capdequí, *Manual de historia del derecho propiamente indiano*. Buenos Aires, Losada, S.A., 1945; *Historia del derecho español en América y del derecho indiano*. Madrid, Aguilar, 1968; *Estudios de historia del derecho español en las Indias*. Bogotá, Minerva, S.A., 1940; *El estado español en Indias*. México, El Colegio de México, 1941; *Instituciones en Historia de América y de los pueblos americanos*. Editada por Antonio Ballesteros y Beretta, Barcelona, Salvat Editores, 1959; Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*. Madrid, Imprenta Helénica, 1935.

⁴⁸ Lewis Hanke, *The Struggle for Justice in the Spanish Conquest of America*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1949. Una edición en español fue publicada en Madrid por Aguilar, 1959; Silvio Zavala, "Los títulos de posesión a las Indias Occidentales", *Memoria*, El Colegio Nacional, México, nos. 2-3, 1967-68; *La filosofía política en la conquista de América*. 2da. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1972; *Los esclavos indios de Nueva España*. México, El Colegio Nacional, 1968; *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1944; Ricardo Levene, *Las Indias no eran colonias*. Madrid, Colección Austral de Espasa-Calpe, S. A., 1951.

En Puerto Rico ha tratado el tema Isabel Gutiérrez del Arroyo, *Conjunción de elementos del medioevo y la modernidad en la conquista y colonización de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.

⁴⁹ Cf. Lewis Hanke, *Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y las Filipinas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1943; Juan Manzano, *Historia*

No hay duda, pues, de que tanto el interés por la historia institucional que mostró nuestra primera generación de historiadores profesionales como el modo de acercarse a ella respondió a una corriente de época pero se inserta igualmente en la vertiente ideológica dominante entonces en Puerto Rico. El estudio jurídico de las instituciones es en cierta forma una manera inconsciente de exaltar al Estado y el principio de autoridad que representa. En esta ocasión coincide con el momento en que se ensaya un programa estatal —el ELA— que pretende ser aceptado por todos.⁵⁰ La nueva alternativa estatal queda así con raíces en aquel Estado de antaño, considerado esencialmente justo y bienhechor aunque se le reconozcan algunas fallas. Estas arrancan por lo general del grado de “calidad” humana y administrativa de las personas que ocupan los cargos y hacen cumplir las leyes y no del sistema en sí.

Existe igualmente la preocupación por reconstruir y destacar la obra del procerato criollo, en particular del autonomista. Se escriben biografías de Román Baldorioty de Castro, José Celso Barbosa, Luis Muñoz Rivera, Rosendo Matienzo Cintrón y Ramón Power y se publican las obras completas de Luis Muñoz Rivera, Alejandro Tapia y Rivera, Manuel Corchado y José Celso Barbosa. Junto a la preocupación por recoger y salvaguardar sus obras subyacen las pugnas de las distintas líneas interpretativas por reafirmar sus postulados ideológicos.

La hispanofilia es otro de los rasgos dominantes en los escritos de esta generación. En el empeño por reafirmar la estirpe hispánica de la cultura puertorriqueña frente al empuje de la aglosajona y por hacer frente a los peligros reales de la absorción cultural se olvidó o aminoró el contexto colonial que ha privado sobre nuestra historia. Los enfoques miran demasiado a España e idealizar ese pasado la mitigar los desaciertos y enaltecer desproporcionadamente los logros alcanzados en el '97. Podría alegarse con razón que existe cierta ambivalencia en la presentación de los criollos reformistas (los liberales) siempre enfrentados a los peninsulares retrógrados (los conservadores) en una lucha de buenos y malos pero al repartirse el peso de las “culpas” éstas caen más sobre los actores que sobre el sistema colonial y la sociedad que éste propulsaba. Los desmanes metropolitanos y las arduas luchas reformistas no desmerecen el acendrado amor a la “madre patria”.

Esta lealtad se aprecia también en la forma en que silencian o suavizan los conflictos sociales y los grados de explotación a que fue sometida la colonia a

de las recopilaciones de Indias, I y II. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1956.

En Puerto Rico, Aida R. Caro Costas, *Villa de San Germán, sus derechos y privilegios durante los siglos XVI, XVII y XVIII.* San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963; *Legislación municipal puertorriqueña del siglo XVIII.* San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1971; Vicente Murga Sanz, *Historia documental de Puerto Rico.* Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, [1956]-1964, 3 vols.

⁵⁰ Es reveladora la dedicatoria de Murga en el primer volumen de su *Historia documental...* “A D. Luis Muñoz Marín, hacedor de Historia.”

lo largo del régimen español. El mensaje que prevalece, voluntaria o involuntariamente, es el de la armonía social; es la historia de la configuración de la “gran familia” que quiebran los norteamericanos. Detrás de esa mitificación del pasado hispánico está la búsqueda de los rasgos comunes que unen al “pueblo” puertorriqueño. El discurso sigue las directrices de la década del '30 pero se aparta de la versión racista de Pedreira y Blanco. El énfasis está ahora en la aportación del negro y en el “mejor” trato que recibió en las colonias españolas, minimizando el racismo prevaleciente en la sociedad puertorriqueña frente a la norteamericana. Es cierto que la tesis de la esclavitud benévola del régimen español era sostenida por importantes historiadores norteamericanos pero no es menos cierto que encajaba muy bien con la imagen de integración social impulsada por el movimiento populista.⁵¹

En su afán hispanicista, este grupo tardó demasiado en incorporar las corrientes historiográficas europeas (francesas, sobre todo) y norteamericanas más innovadoras y cuando lo hicieron, como en el caso de Luis M. Díaz Soler con la esclavitud, apoyaron tesis que sostenían la percepción nacionalista y pepeteísta que exalta lo español frente a lo anglosajón y que es parte de la lucha frente a los intentos de norteamericanización propulsados por la nueva metrópoli.

Ese continuo mirar a España promueve asimismo versiones bastante insularizadas. Se mira la isla en función de su centro de gobierno metropolitano enajenándola de su circunstancia geográfica inmediata. Con excepción del libro de Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean*, que responde a la imagen del Caribe como un “melting pot”, no se inserta a Puerto Rico en su dimensión caribeña ni se estimulan los estudios comparados.

En verdad, éste es un problema compartido por los países caribeños. Durante mucho tiempo las historias coloniales, estaduales o nacionales según sea el caso, fueron escritas desde la perspectiva de historiadores metropolitanos o de los nacionales que tenían la oportunidad de trasladarse a las metrópolis respectivas para realizar las investigaciones pertinentes. Las interpretaciones de unos y otros siguen por lo regular versiones foráneas de fuerte influencia europea y —en determinados casos— norteamericana.⁵² La evolución hacia concepciones historiográficas propias ha sido lenta.

En general, las explicaciones de la historia caribeña que han prevalecido corresponden, en esencia, a la imagen que de nuestro devenir histórico

⁵¹ Cf. Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1953; Frank Tannenbaum, *Slave & Citizen: the Negro in the Americas*. New York, Alfred A. Knopf, 1946; Scarano, *La historia que heredamos...*, pp. 13-14.

⁵² Sobre este tema, desde una óptica latinoamericana más amplia, cf. a Germán Carrera Damas, “La auyama no es una especie de calabaza americana, ni la calabaza es una especie de auyama europea (Aspectos histórico-críticos del romanticismo latinoamericano referidos al caso de Venezuela)”. *Op. Cit.*, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, núm. 2, 1986-87, pp. 51-66.

crearon las antiguas metrópolis. Aún los temas que evidencian una mayor independencia y logros propios irrefutables, como son los relacionados con la esclavitud y los procesos abolicionistas, no han logrado superar del todo la herencia recibida. Se siguen estudiando por separado los sistemas esclavistas y los movimientos abolicionistas de los ingleses, franceses, holandeses y españoles en el Caribe y se acentúan con mayor o menor fuerza las influencias externas, pero no vemos —salvo en situaciones ineludibles como la revolución haitiana o en incidentes aislados como el de la revuelta de 1848 en Martinica y el Bando Negro de Prim en Puerto Rico— la interacción de los sistemas entre sí. La interrelación que suele articularse es la de la colonia con su metrópoli, la de una provincia o estado con la capital del país y, en última instancia, la de las comunidades lingüísticas. La comunicación entre vecinos geográficos de tradiciones culturales distintas se menciona de paso pero no suele acaparar la atención ni tener peso decisivo en las explicaciones que se articulan. En este sentido, el libro de Morales Carrión mencionado antes fue un precursor que, desafortunadamente, tuvo pocos emuladores. En *Auge y decadencia de la trata negrera en Puerto Rico (1820-1860)* manifiesta nuevamente su preocupación por ubicar a la isla en la compleja madeja regional e internacional.⁵³

En esta historiografía los factores externos mueven los resortes de las historias insulares. Hasta cierto punto es lógico que así suceda por tratarse de una situación colonial. El problema reside en el peso excesivo que se da a los acontecimientos externos pasando muchas veces por alto su interrelación con los problemas internos. En el caso de Puerto Rico es probable que esto tenga algo que ver con la marcada segregación de las ciencias sociales.

Finalmente debo decir que la generación del '40 suele ser poco crítica. Se revisan y se corrigen datos pero no se desarrolla la crítica historiográfica como quehacer inherente a la disciplina, indispensable para hacerla progresar. No se cuestiona, por ejemplo, la casi uniformidad prevaleciente en los postulados básicos que apoyan en un pasado más o menos glorioso el optimismo con que se mira al futuro. A modo de excepción es justo destacar la trascendente aportación de Isabel Gutiérrez del Arroyo al campo de la ciencia historiográfica en Puerto Rico. Sus doctos trabajos sobre fray Iñigo Abbad, sus eruditas anotaciones a *La colonización...* de Brau y su análisis crítico de las memorias de nuestros primeros cronistas fueron obras pioneras en su momento y modelos que sentaron pautas.⁵⁴ En ellas priva una intención

⁵³ Arturo Morales Carrión, *Auge y decadencia de la trata negrera en Puerto Rico (1820-1860)*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978.

⁵⁴ Brau, *supra* n. 42; Abbad y Lasiera, Fray Iñigo, *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Estudio preliminar por Isabel Gutiérrez del Arroyo, Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1959; Isabel Gutiérrez del Arroyo, *Historiografía puertorriqueña...: El reformismo ilustrado en Puerto Rico*. México, Asomante, El Colegio de México, 1953.

reversionista mediante la confirmación o la corrección de sus versiones de acuerdo al dato compulsado y a la ubicación de los autores y sus escritos en el contexto más amplio de las vertientes historiográficas occidentales vigentes en el momento en que escriben. A la vez, sus propias explicaciones permanecen dentro del marco interpretativo de la historia institucional que expuse en páginas anteriores.

Las observaciones vertidas hasta aquí no pretenden menospreciar la inmensa contribución de esta generación, aún activa, a la historiografía puertorriqueña. La identificación de sus características y limitaciones, hilvanadas con los movimientos políticos y culturales del país no empequeñecen sus magníficas aportaciones. El destaque de los vínculos ideológicos de varios de sus miembros con los programas políticos en boga sirve para recalcar cuán inútil resulta el reclamo de la objetividad absoluta. No puede mirarse el pasado de espaldas al tiempo propio de cada historiador y mucho menos pretender que éste haga abstracción de su propia experiencia vital.

A los historiadores de la generación del '40 les tocó la ingrata tarea de abrir surcos en terreno árido; de abonar el campo y sembrar las semillas. Con ello validaron y aseguraron el crecimiento de la disciplina. La seriedad y la solidez de sus trabajos, que descansan la mayoría de las veces sobre una puntillosa fidelidad a la letra del documento, produjeron obras ciclópeas, como la *Historia de Puerto Rico (siglo XIX)* de Lidio Cruz Monclova, y otros clásicos a los que volvemos una y otra vez en busca de información o de modelos desde donde arrancar. Empezaron a reconstruir nuestro pasado prácticamente de la nada. Bajo un cielo de bronce, sin archivos insulares bien organizados, con escasas fuentes primarias disponibles para la consulta, necesitados de hacer costosos viajes al extranjero (España, Londres, Washington...) para los que apenas había disponibles ayudas económicas, sin las facilidades de las micropelículas, las fotocopias y las computadoras, con la inagotable paciencia del amanuense, revivieron y aquilataron las obras prístinas de la historiografía insular, recopilaron infinidad de documentos dispersos y proveyeron a las generaciones subsiguientes un estrato básico y un marco de referencia donde ubicar sus propias preocupaciones. La historiografía de los '70 y los '80 ha sido posible porque la del '40 sentó las bases y creó las infraestructuras institucionales imprescindibles que permitieron a los que vinieron después superar sus propias limitaciones.⁵⁵ En palabras de uno de los

⁵⁵ En 1946 Arturo Morales Carrión fundó el Centro de Investigaciones Históricas y comenzó a traer en micropelículas y fotocopias documentos de repositorios del exterior; en 1955 se creó el Archivo General de Puerto Rico y la Biblioteca y Hemeroteca Puertorriqueña del Sistema de Bibliotecas del Recinto de Río Piedras empezó a cobrar auge. Los estudios de Historia a nivel universitario recibieron un impulso importante con la inauguración en 1963 del programa de Maestría. En agosto de 1987 se inició el programa doctoral con énfasis en las áreas de Puerto Rico y el Caribe. Cf. María de los Angeles Castro Arroyo, "El Centro de Investigaciones Históricas, breve historia de un proceso", *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 2, 1986-87, pp. 9-25.

representantes de la “nueva” historia:

...Sus obras son aportaciones auténticas y originales de las que se nutre —consciente o inconscientemente— la nueva historiografía, y sus vidas ejemplos impresionantes de tenacidad en la adversidad.⁵⁶

La “nueva” historia y los debates intelectuales de las décadas del '60 al '80

La brecha abierta y encauzada por la generación precedente hizo posible la llamada “nueva” historia de las últimas dos décadas si bien sus primeros atisbos están en la década del '60. El concepto de “nueva” historia no es una concepción original ni está aislada de las corrientes de la historiografía contemporánea. Casi todos los países tienen su “nueva” historia. El vínculo más evidente entre estas concepciones es acaso la inconformidad con las versiones heredadas y el énfasis en los aspectos socio-económicos.⁵⁷

La homogeneidad conceptual y metodológica que impuso el discurso dominante de la generación del '40 empezó a resquebrajarse durante el segundo lustro de la década de los sesenta. Una nueva crisis dio lugar a esta actitud innovadora. La guerra de Viet-Nam, el impacto de la Revolución Cubana y el descalabro del proyecto populista de los '40 despertaron inquietudes y provocaron una profunda insatisfacción con las explicaciones históricas prevalecientes. Para buscar respuestas distintas había que enfrentarse al devenir histórico con actitudes y métodos diferentes.⁵⁸

En la conformación de esta corriente fueron decisivos los debates intelectuales que se suscitaron desde mediados de la década del '60 hasta principios de la del '80, provocados en buena medida por las actitudes innovadoras de un grupo de profesores jóvenes que importaron nuevas líneas de pensamiento de las universidades extranjeras donde estudiaron y que de alguna manera intentaban incorporar en el análisis de los problemas que confrontaba la sociedad puertorriqueña. Una de las características del núcleo promotor de estos debates es su condición interdisciplinaria; provenían de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. También era heterogénea su formación; el haber cursado estudios graduados en universidades diversas

⁵⁶ Gervasio Luis García, “La nueva historia: una aclaración necesaria”, *El Mundo*, 7 de septiembre de 1982.

⁵⁷ Cf. Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia*. Trad. de Jem Cabanes, Barcelona, Editorial Laia, 1974-1978, 3 vols.; Hervé Coutau-Begarie, *Le Phénomène “Nouvelle Histoire”*. *Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*. Paris, Economica, 1983; Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Editorial Crítica, 1982.

⁵⁸ Gervasio L. García, “Nuevos enfoques, viejos problemas: reflexión crítica sobre la nueva historia” en *Historia crítica...*, pp. 41-63.

les permitió confrontar y aquilatar sus experiencias particulares.⁵⁹ Les unía la voluntad de ruptura con los esquemas explicativos prevaletentes y el esfuerzo por insertar a Puerto Rico en el ámbito latinoamericano. A su vez, estas preocupaciones, que buscaban canales de expresión adecuados, eran parte de la lucha ideológica y política con la que estaban comprometidos. El “academicismo” reinante en la Universidad de Puerto Rico, a la que todos estaban vinculados, les llevó a intentar cuajar desde “afuera” lo que el anacronismo institucional no les permitía.⁶⁰ Hubo en el proceso dos iniciativas que fueron decisivas y que ilustran el modo como intentaron crear un espacio favorable para canalizar sus inquietudes intelectuales y políticas: la revista *La Escalera* y CEREP.

El grupo de *La Escalera* estuvo constituido originalmente por seis profesores de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras), de distintas disciplinas, que se unieron en el año 1965-66 para discutir los conflictos que suponía la Guerra de Viet-Nam y la participación de los puertorriqueños. Tras el conflicto específico de la guerra, tan lejana y cercana a la vez para nosotros, estaba el interés por descifrar las razones que explicaban los problemas contemporáneos del país y el afán de buscarles soluciones fundamentadas en el proceso histórico anterior. Fueron ellos Richard Levins, del Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias Naturales; Samuel Aponte, profesor de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales; y de la Facultad de Humanidades, Charles Lewis y Leroy Robinson, del Departamento de Inglés, Georg Fromm, del Departamento de Filosofía y Gervasio L. García, del de Historia. Los tres últimos se encontraban en su primer año como profesores del Recinto. Entre las distintas actividades que organizaron (seminarios, recitales, piquetes...) intentaron celebrar, en octubre de 1965, un “teach-in”, siguiendo la moda de las universidades norteamericanas más progresistas. Como las autoridades universitarias lo prohibieron, el grupo se las ingenió para hacerlo colocando una escalera fuera de la verja que colinda con la avenida Ponce de León y desde la que los profesores hablaron, turnándose en sus horas libres de clases. De este modo los estudiantes escucharon, sentados sobre el césped frente a la Torre, a los profesores que

⁵⁹ Entre los precursores, figuran Arcadio Díaz Quiñones (Madrid), Georg Fromm (Brandeis), Gervasio L. García (El Colegio de México - Ecole des Hautes Etudes en Science Sociale, Paris), Angel G. Quintero y Marcia Rivera (London School of Economics and Political Science), Andrés A. Ramos Mattei (London University), Richard Levins (Columbia University). Posteriormente se sumaron otros colaboradores a la tarea “renovadora” que cuajó una “nueva” historia. Entre ellos, Fernando Picó (Johns Hopkins), Francisco Scarano (Columbia) y Guillermo Baralt (Chicago).

⁶⁰ Fernando Picó describe la atmósfera universitaria (Río Piedras) que él encontró cuando ingresó a su claustro en 1972 en *Las vallas rotas*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982. Son co-autores de este libro Milton Pabón y Roberto Alejandro.

hablaron desde afuera, subidos a una escalera. De ahí surgió el nombre de la revista que publicaron, superando muchos obstáculos, entre 1966 y 1973.

Los artículos y editoriales de *La Escalera* tenían el alcance interdisciplinario de los fundadores y de otros colaboradores que se les unieron después. Destacaron los artículos de Levins que proclamaban la necesidad de trascender el nacionalismo más estrecho y las retóricas altisonantes y de asentar la lucha independentista sobre unas bases más sólidas. Ese enfoque permeó también los ensayos de corte histórico y crítica historiográfica en los que se planteaba la búsqueda de otras explicaciones con énfasis en los factores sociales y económicos y en la participación de la clase trabajadora en los procesos históricos.

En las reseñas sobre los libros de Manuel Maldonado Denis (*Puerto Rico: una interpretación histórico social*, 1969) y Juan Manuel García Passalacqua (*La crisis política en Puerto Rico (1962-1966)*, 1970), Gervasio L. García exhibe un agudo sentido crítico en el que vuelca su descontento ante el modo como se concebía y escribía la historia.⁶¹ Aboga por una historia fundamentada en fuentes primarias, en la que prevalezca la explicación sobre la narración; donde la base explicativa no sea la acción individualizada de los grandes personajes ni los episodios anecdóticos (“visión en tajadas de la realidad política, que no confronta los hechos particulares con el origen y la situación histórica total...”, sino los procesos políticos y sociales vinculados a las fuerzas económicas en las que también figuran como actores principales otros sectores más amplios de la sociedad, en particular el de los trabajadores.⁶² Al reclamar como la debilidad principal del libro de Maldonado Denis que “no añade ninguna arma nueva al arsenal ideológico e intelectual de la lucha independentista y de la historiografía puertorriqueñas”, García se muestra partidario de una historia comprometida con el presente.⁶³ No obstante, rechaza que se convierta en un tribunal que sustituya el análisis de situaciones complejas por epítetos fáciles y juicios moralizantes.

Otro ejemplo que muestra el tono polémico de *La Escalera* es el editorial “El Grito de Lares: interrogantes y lecciones”, escrito por Georg Fromm con motivo de la conmemoración del centenario.⁶⁴ Se queja el autor de que cien años después de haber ocurrido el “Grito”, Puerto Rico no contara con una interpretación adecuada sobre lo acaecido y su significado. Lamenta el “peculiar subdesarrollo de la ciencia histórica en nuestro país” reflejado en el

⁶¹ Gervasio L. García, “Apuntes sobre una interpretación de la realidad puertorriqueña”, *La Escalera*, vol. IV, núm. 1, junio 1970, pp. 23-31; “La crisis del liberalismo colonial”, *La Escalera*, vol. IV, núms. 6-7, diciembre 1971, pp. 22-23, 28-29. Aparecen reproducidos en *Historia crítica...*, pp. 107-118 y 134-149.

⁶² García, *Historia crítica...*, p. 137.

⁶³ *Ibid.*, p. 107.

⁶⁴ *La Escalera*, vol. III, núm. 2, septiembre 1968, p. i-iv. En el editorial no figura el nombre del autor.

LA ESCALERA

VOL. III, NUM. 2

SETIEMBRE 1968

20 ¢

**1868 · 1968**

Portada del número de La Escalera de septiembre de 1968. El grabado de Betances es de Lorenzo Homar.

“triste estado interpretativo de la historia de esta gesta”. En síntesis, pone en tela de juicio los postulados que todavía pesaban sobre la historiografía puertorriqueña en la década de los '60, tomando como modelo a Cruz

Monclova: la acumulación de datos y documentos sin análisis profundos; la metodología que asume que al permitir que los documentos hablen por sí solos se logra la meta soñada de objetividad e imparcialidad; la repetición de las mismas interpretaciones desde los tiempos de Brau; la enumeración de posibles causas sin criterio selectivo que jerarquizara su importancia. A esta forma de enfrentarse al problema de la causalidad, Fromm le llama “la teoría histórica del perdigonazo” porque cuando se lanzan suficientes proyectiles alguno tiene que dar en el blanco. El autor trona también contra las falsas y mal fundamentadas explicaciones marxistas-leninistas-stalinistas en que se embarcan algunos escritores empeñados en vincular los movimientos revolucionarios puertorriqueños con la ideología marxista y el socialismo internacional.⁶⁵ Pide en cambio una historia que se entienda “como proceso con estructura, desarrollo, causas y consecuencias”, en la que lo esencial no se confunda con lo intrascendente. Apoya interpretaciones en las que los problemas específicos se inserten en el ámbito de la sociedad colonial de la época con sus tensiones, antagonismos y solidaridades. Plantea la utilidad del estudio comparativo (en este caso, con Cuba) y reafirma el significado presente de las interpretaciones históricas al señalar las repercusiones de Lares para el gobierno del ELA y para los movimientos independentistas.⁶⁶

El Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CERP) se fundó en 1970 como un grupo interdisciplinario de investigación, de pensamiento y discusión con el doble propósito de “encarar la historia de la realidad puertorriqueña desde nuevas perspectivas y el de estudiar los procesos en su totalidad, integrando el análisis económico, cultural y político”.⁶⁷ Entre los primeros participantes figuraron los científicos-sociales Angel G. Quintero Rivera y Marcia Rivera, sociólogos, iniciadores y promotores principales de estos encuentros, José A. Herrero y Joaquín Villamil (economistas), Rafael Irizarry (planificador), Ana Helvia Quintero (matemática), Arcadio Díaz-Quñones (profesor de literatura), Rafael Ramírez (antropólogo), Georg

⁶⁵ *Ibid.* Alude específicamente al folleto “La revolución de Lares” de Juan A. Corretjer. Esta misma preocupación rige en su serie de artículos titulada “Historia-ficción de Benjamín Torres” en *Claridad*, 3, 10, 17, 24 de junio y 1 y 7 de julio de 1977. Esta serie es parte de una polémica mayor sobre los vínculos entre el nacionalismo y el movimiento obrero en la década del '30. Entre otras cosas, refuta la pretensión de convertir a Pedro Albizu Campos en socialista.

⁶⁶ Los planteamientos que Fromm adelanta en este editorial cuajaron luego en su libro *César Andreu Iglesias, aproximación a su vida y obra*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977. A través de la biografía de uno de los principales líderes obreros del país, traza el itinerario de la lucha sindical y política en Puerto Rico desde la década del '30 hasta la del '70. Fiel a su propia ideología, Fromm destaca en particular la búsqueda de Andreu Iglesias por encontrar unos vínculos que estrechen los lazos entre la lucha independentista y los trabajadores. Pero el libro demostró, además, que es posible escribir la historia contemporánea cuando se está armado de un método riguroso, un sentido crítico penetrante y unas hipótesis que pisan terreno firme.

⁶⁷ Gervasio L. García y A. G. Quintero Rivera, *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982, p. 171.

Fromm (filósofo) y Andrés A. Ramos Mattei y Gervasio L. García (historiadores). Aspiraban a “romper la falsa dicotomía de la objetividad y el compromiso” que prevalecía en las interpretaciones vigentes y adentrarse “con todo el rigor metodológico en la comprensión de la realidad puertorriqueña, en la complejidad de sus interacciones y la dinámica de sus procesos sociales y culturales...” Les movía el compromiso último de crear una nueva realidad para Puerto Rico.⁶⁸

Los temas alrededor de los cuales giraban las discusiones del grupo y que comenzaron a trascender el círculo cerrado a través de conferencias, foros y publicaciones, coincidían con los debates que predominaban en el ámbito intelectual del exterior. Es decir, existía un clima externo, unas corrientes polémicas, cuyas ideas entran a Puerto Rico y se ponen en circulación. En el campo de la historia se discutía, por ejemplo, la renovación de la historiografía cubana posterior a la revolución (e.g. Manuel Moreno Fraginals) o textos precursores (e.g. Cepero Bonilla) que promovieron nuevas actitudes ante nuestra propia literatura histórica y cuya marcada huella puede verse en los trabajos de Ramos Mattei.⁶⁹ También se estudiaban las aportaciones de la “nueva historia económica” norteamericana, las renovaciones de la escuela francesa de los *Annales*, los enfoques socio-económicos de Pierre Vilar sobre la historia de España, de Heraclio Bonilla y Enrique Florescano sobre la de América Latina y las distintas concepciones de las clases sociales, entre ellas la defendida por el historiador E.P. Thompson.⁷⁰ Las polémicas locales sobre los modos de producción preponderantes en Puerto Rico durante el siglo XIX es una muestra del empeño por incorporar nuestra historia y la manera de interpretarla en el contexto latinoamericano.

Los debates paralelos en la esfera de la literatura hispanoamericana revelaban también la crisis de los relatos tradicionales. Gabriel García Márquez y Guillermo Cabrera Infante, entre otros, introducen nuevas formas de narrar. La literatura testimonial, legitimada por la revolución cubana, ayudó a problematizar el lugar del intelectual en la sociedad y a replantear espinosas

⁶⁸ A.G. Quintero Rivera, *Lucha obrera en Puerto Rico. Antología de grandes documentos en la historia obrera puertorriqueña*. 2da. ed., s.l., CEREP, 1972, p. 2.

⁶⁹ Cf. Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: el complejo económico social del azúcar*. La Habana, 1978, 3 vols.; Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. Barcelona, Editorial Crítica, 1976. Primera edición es de 1948.

⁷⁰ Algunos de los puntos de vista se recogen en los siguientes libros: Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*. Madrid, Editorial Tecnos, 1962; Ruggiero Romano, “American Feudalism”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 64, no. 1, February, 1984, pp. 121-134; Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*. Barcelona, Ediciones Ariel, 1964; Heraclio Bonilla et al., *La historia económica en América Latina*. México, Sep-Setentas, 1972, 2 vols.; Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas*. México, El Colegio de México, 1969; (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. 3ra. ed., México, Siglo XXI Editores, 1979; E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*. 2nd. ed., England, Penguin Books, 1968.

cuestiones como la del machismo o el enfrentamiento entre el desarrollo y el sub-desarrollo.⁷¹

De las distintas disciplinas que a comienzos de la década del '70 planteaban con insistencia la urgencia de una renovación, en Puerto Rico fue la historia la que levantó las mayores polémicas y en el campo en el que se han visto los cambios más trascendentes. En el Prefacio a su *Lucha obrera en Puerto Rico*, primer libro que publica CEREP (1971), Angel G. Quintero Rivera retoma con nuevos bríos los reclamos antes lanzados por *La Escalera* e insiste abiertamente en la voluntad de romper con las interpretaciones heredadas. Sus argumentos no dejan lugar a equívocos. "Esa historia que se nos ha dado como nuestra —afirma— no es nuestra historia sino la mitología de una clase social". La acusa de ofrecer una "visión de procerato" que es simplista, está equivocada, desenfocada y llena de omisiones. Rechaza "las explicaciones estáticas de orden psicológico o ético" y las que derivan de "la llamada 'teoría de la personalidad nacional'" que se traducen en "enfoques limitantes".⁷² Después de las demolidoras críticas contra la historiografía anterior, presenta el proyecto de CEREP: "Lo que queremos es comprender, y que se comprendan, unos procesos, unas formaciones y transformaciones, unos desarrollos, productos de haceres y aconteceres"; en síntesis, "entender la sociedad en su dinamismo".⁷³ El reto era claro; no sólo se perfilaban nuevos horizontes para la investigación sino, además, —como suele decir Arcadio Díaz Quiñones— se inducía a releer los viejos textos.

El debate polémico con los historiadores de la generación del '40 no se hizo esperar. En los intercambios periodísticos y el cruce de reseñas de libros, ambos "bandos" cometieron excesos y no siempre los juicios o argumentos empleados fueron acertados.⁷⁴ Pero cabe preguntarse si ante la resistencia que mostraban los canales universitarios oficiales a incorporar en el análisis historiográfico las corrientes más modernas —por no decir las economicistas y mucho menos las marxistas con sus análisis de clases— podía haberse hecho

⁷¹ En este aspecto es oportuno destacar obras como la de Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1966; y la de Edmundo Desnoes, *Memorias del subdesarrollo*. La Habana, Ediciones Unión, 1965.

⁷² Quintero Rivera, *Lucha obrera en Puerto Rico*..., pp. 5-11.

⁷³ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁷⁴ Cf. Francisco Scarano, "Esclavitud y diplomacia: los límites de un paradigma histórico", *Caribbean Studies*, Vol. 20, No. 2, June 1980, pp. 37-48; Arturo Morales Carrión, reseña del libro *Desafío y solidaridad: breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*, de Gervasio L. García y A.G. Quintero Rivera, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 63, No. 3, August 1983, pp. 615-616; Isabel Cintrón, "El puertorriqueño común: el punto de partida entre los nuevos historiadores", *El Mundo*, 29 de agosto de 1982; Gervasio Luis García, "La nueva historia: una aclaración necesaria", *El Mundo*, 7 de septiembre de 1982; Arturo Morales Carrión, "En torno a la historia 'nueva' (I) y (II)", *El Mundo*, 26 y 27 de septiembre de 1982; Fernando Picó, "Time for a Change", *The San Juan Star*, August 13, 1984; Arturo Morales Carrión, "Fruitful Understanding", *The San Juan Star*, September 19, 1984.

de otra manera. La fuerte decisión de romper con lo anterior provocó en ocasiones actitudes arrogantes y posiciones extremas a lo que ripostó el otro lado con intransigencia y una gran renuencia a revisar sus enfoques.

Rasgos definitorios de la “nueva” historia

La “nueva” historia ya estaba consolidada a fines de la década del '70. En la divulgación de sus preceptos fueron decisivas las publicaciones de CEREP y, sobre todo, el importante apoyo de Ediciones Huracán que comprometió su futuro al propagar trabajos de historiadores noveles con pocas oportunidades de publicar en editoriales consagradas. El bajo costo de venta de los libros auspiciados por ellos los hizo asequibles a los estudiantes y facilitó la difusión de los planteamientos nuevos.

Gervasio L. García resume en cinco puntos las características esenciales de la nueva historia e inicia la autocrítica, posible a la distancia de casi dos décadas de haberse expuesto las primeras proposiciones.⁷⁵

1. Es más explicativa que narrativa o descriptiva e incorpora en su análisis metodologías de las ciencias sociales modernas: “técnicas cuantitativas y las perspectivas de la estadística, la economía y la demografía...” En éste, como en otros aspectos, la “nueva” historia tiene una deuda con los antropólogos Julián H. Steward, Sidney Mintz y Eric Wolf, quienes participaron en el ambicioso estudio desarrollado por el Centro de Investigaciones Sociales entre 1948-1950 y que produjo el libro *The People of Puerto Rico*, publicado en 1956. Aunque repercutió poco en ese momento, sobre todo en los historiadores, su influencia es notable en algunos de los “nuevos”.

La preocupación de la nueva cosecha de historiadores no es ya develar un hecho o narrar un suceso sino explicar un problema de índole histórica. Se parte de una hipótesis en lugar de dejar que las fuentes marquen la ruta. Al decir de Luis González, “... se elabora una imagen del pasado y se procede a la escritura del proyecto...”⁷⁶

2. En lugar de presentar visiones episódicas, se procura demostrar los procesos.

3. Se parte de la vida material para llegar a lo demás; se pone el énfasis en las circunstancias económicas.

4. Se incorporan fuentes primarias poco usadas anteriormente tales como libros de contabilidad, registros parroquiales, padrones de riqueza, protocolos notariales, etc.

⁷⁵ García, “Nuevos enfoques, viejos problemas...”; Los postulados los resume posteriormente en términos parecidos Angel G. Quintero Rivera en *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988, pp. 283-285.

⁷⁶ Luis González, *El oficio de historiar*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 85.

5. Se da mayor importancia a lo social que a lo individual; es decir, los grupos frente al procerato.

En la conformación de esta corriente es decisiva, como antes expusimos, la influencia del marxismo (sin que por esto pueda catalogarse como historia marxista), la de la escuela francesa de los *Annales*, y la nueva historia económica norteamericana, entre otras. No es, pues, un movimiento aislado ni mucho menos surge de la nada. Tiene que ver también con la formación de sus principales exponentes que cursaron sus estudios graduados en universidades extranjeras en las que estuvieron expuestos a enfoques, métodos y actitudes intelectuales distintas a las que prevalecían en Puerto Rico.

A diferencia de las períodos historiográficos anteriores a los que identificamos por generaciones (del '30 ó del '40) con implicaciones de rasgos comunes aún en medio de sus propios debates internos, la "nueva" historia es una corriente específica dentro de la generación del '70. Sus exponentes reales no constituyen un grupo mayoritario dentro de la totalidad de los historiadores del país pero su influencia ha sido tan decisiva en el modo de concebir y escribir la historia que el término se ha extendido, con razón o sin ella, a la generación.

Los límites de la "nueva" historia

A pesar de la transformación impulsada por la "nueva" historia, ésta no ha logrado imponer el grado de homogeneidad que se dio con la generación del '40. Las circunstancias son distintas:

1. Entre sus representantes figuran historiadores, científicos sociales, filósofos y críticos literarios con diferencias ideológicas y serias discrepancias teóricas y metodológicas;

2. Existe una mayor diversificación en los ambientes de trabajo y producción historiográfica. Las investigaciones históricas no se concentran ya abrumadoramente en el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico. Sin restar importancia a éste como generador y difusor, no sólo a través de las obras de su profesorado sino por su Programa Graduado, hay que contar además con las aportaciones de historiadores e intelectuales de otras facultades y recintos del sistema universitario público y privado del país;

3. El estar alejados de los círculos de poder e incluso despertar recelos en éstos por los postulados "marxistas" y polémicos de muchas de sus obras, ha impedido la generalización uniformadora de su discurso.

Ahora bien, la "nueva" historia es generacional en la medida en que muchos historiadores que no participaron del movimiento original han incorporado a sus escritos determinados aspectos de esta corriente, sobre todo los que más interesan por ser los de mayor impacto: el concepto de la historia y la metodología básica. En este sentido es innegable que, a pesar de las diferencias, la "nueva" historia ha impuesto un cambio sensible en el concepto de la

historia y —al menos durante una década— la preferencia por los temas socio-económicos. En esto ha influido el manejo y uso de la crítica historiográfica y la aceptación de que no se escriben objetivas verdades universales sino que se adelantan explicaciones que habrán de superarse en el futuro.

Se le reclama a la “nueva” historia la dedicación casi exclusiva a los temas socio-económicos, descuidando otras áreas igualmente importantes para conocer de un modo integral nuestra realidad histórica. La dependencia total en ellos menospreciando otros aspectos del quehacer humano, como son, por ejemplo, el político y el cultural, afecta necesariamente la visión del todo. En general, el énfasis en el determinismo económico, con sus correlaciones automáticas entre la vida material y las ideologías promovidas por varios de sus autores, excluye elementos importantes y conduce a visiones incompletas, erróneas, en algunos casos.

Laird W. Bergad estudia minuciosamente los cambios sociales que ocurren en el área cafetalera del país, ejemplificada en Lares, pero concluye equivocadamente que las motivaciones para el “Grito” fueron exclusivamente de índole económica y de interés local, reduciendo la lucha a una de élites e ignorando otros conflictos igualmente importantes.⁷⁷ Los trabajos relevantes de Francisco Scarano sobre la economía esclavista en Ponce son fundamentales para entender la transición de la economía de subsistencia a la de exportación y el desarrollo de la industria azucarera en gran escala pero están más cerca de la historia cuantitativa que de la historia social.⁷⁸

Al no cualificar el mundo social de la plantación se ignora el modo como se integra el trabajo libre que aparece junto al esclavo y cómo funciona el sistema de jornal antes de la implantación de la reglamentación de la libreta. Tampoco se resuelve el problema de cómo y por qué ocurre el desplazamiento de la élite dominante a fines del siglo XVIII ni se mide el peso socio-político de la inmigración, aceptando la tesis de Angel Quintero de que los hacendados criollos constituyeron en el XIX la clase superior de la sociedad colonial. Es decir, en su valioso estudio se aprecia cuantitativamente el establecimiento de un nuevo orden social en la colonia pero la estratificación resultante no queda muy clara a nivel de los sectores o capas dominantes. Esta debilidad se acentúa al tratar a los hacendados criollos. Quedan éstos como víctimas con pocas posibilidades de acción aunque los integra a la “nueva burguesía de hacendados...que alcanzaría a convertirse, al igual que en Cuba, en algo así como un árbitro del colonialismo...”⁷⁹ El planteamiento resulta contradicto-

⁷⁷ Laird W. Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth Century Puerto Rico*. Princeton, Princeton University Press, 1983; Cf. García, “Nuevos enfoques...”, pp. 56-59.

⁷⁸ Cf. Francisco A. Scarano, *Sugar and Slavery in Puerto Rico. The Plantation Economy of Ponce, 1800-1850*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1984.

⁷⁹ Francisco A. Scarano, “Inmigración y estructura de clases: los hacendados de Ponce,

rio; por un lado aparecen siempre sometidos y por otro se les reconocen facultades para el regateo y el arbitraje. Además, las relaciones de poder económico que establece entre comerciantes y hacendados y entre inmigrantes y criollos no trascienden a la esfera política.

El afán de hacer generalizaciones insulares a base de trabajos enfocados en lugares específicos ha sido bastante frecuente en la “nueva” historia. Los ejemplos más obvios ocurren en el libro de Bergad antes mencionado y en el de Andrés A. Ramos Mattei sobre la Hacienda Mercedita. Este importante trabajo, de indudables méritos, corresponde al caso específico de dicha hacienda azucarera en el XIX. Sólo la primera parte del libro, que sirve de marco al desenvolvimiento de la Mercedita, trata de modo general los vaivenes de la industria azucarera a lo largo del siglo. Y si algo queda bien claro al final es cuán particular fue el desarrollo de la Mercedita en el contexto general de la crisis azucarera.⁸⁰ El problema no radica en el enfoque micro-histórico en sí sino en pasar a generalizar a partir de un caso particular.

No empece su propósito expreso de romper con las interpretaciones de la historia llamada por ellos “tradicional”, los “nuevos” no lo han logrado totalmente. A pesar de los intentos en esa dirección, no han podido superar aún la versión autonomista que presenta a los hacendados criollos como víctimas (del sistema colonial, de los comerciantes, de los peninsulares y los extranjeros, nunca de sus propias contradicciones) olvidándose —como antes la generación del '40— de que ellos también fueron victimarios. Si bien han profundizado en los distintos sistemas de producción que prevalecen y sus relaciones con las redes mercantiles, no han aclarado del todo la estratificación social existente en dicho siglo ni las relaciones entre las clases o las capas de una misma clase. En ese aspecto, el problema más estudiado y que ha producido versiones más innovadoras a la par que asentadas sobre investigaciones sólidas ha sido el de la esclavitud.⁸¹

En su afán por ofrecer una perspectiva diferente de la historia insular algunos historiadores, “cansados de una historia hecha desde arriba y desde

1815-1845” en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1981, p. 22.

⁸⁰ Andrés A. Ramos Mattei, *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)*. San Juan, CEREP, 1981.

⁸¹ Son particularmente valiosos los trabajos de Francisco A. Scarano, Andrés A. Ramos Mattei y Guillermo A. Barait citados a lo largo de este ensayo. Véase también *Azúcar y esclavitud*. Ed. por Andrés A. Ramos Mattei, [Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Humanidades, 1982]; José Curet, *Los amos hablan. Unas conversaciones entre un esclavo y su amo aparecidas en El Ponceño, 1852-53*. Río Piedras, Editorial Cultural, 1986; Jalil Sued Badillo y Angel López Cantos, *Puerto Rico negro*. San Juan de Puerto Rico, Editorial Cultural, 1986. En los estudios sobre la esclavitud fue decisivo el proyecto dirigido por Arturo Morales Carrión para conmemorar el centenario de la abolición en Puerto Rico y que produjo una importante obra en 2 volúmenes: *El proceso abolicionista en Puerto Rico. Documentos para su estudio*. San Juan de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Históricas e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974 y 1978. Abarca el periodo entre 1823 y 1896.

afuera”, se han propuesto escribirla “desde la gente”, siguiendo la intención de Eric R. Wolf en su *Europe and the People without History*.⁸² Pero entonces caen en el mismo error de reconstruir sólo determinados aspectos de la vida de un grupo social en particular (el de los humildes) circunscribiéndolo a su cerco inmediato y aislándolo del entorno más amplio del que forma parte, en el que vive y lucha. Por un lado olvidan los que sostienen esta vertiente que los dominadores (civiles y militares) y los burócratas también son parte importante de la gente y la vida de un país. Por otra parte, al analizar los grupos aisladamente, al margen del sistema, eliminan los conflictos y así mantienen viva la tesis de la convivencia armoniosa del “pueblo” puertorriqueño.⁸³ En el fondo continúan legitimando (o al menos no cuestionan) la posición dominante del hacendado frente a una masa ignorante y desposeída, por mucha simpatía que se le tenga a ésta.

Los historiadores “nuevos” dieron el toque de alerta contra el uso indiscernido del positivismo. Rechazaron el reclamo de objetividad absoluta, intentado a base de la concatenación de documentos que hablan por sí mismos, pero sin renunciar a la esencia del método científico que requiere corroborar hipótesis fundamentándolas en fuentes fidedignas. Sin embargo, en algunos autores —pocos— persiste, al menos en sus primeras obras, el elemento descriptivo sobre el analítico. En *Esclavos rebeldes*, Guillermo Baralt relaciona las rebeliones de esclavos con las crisis agrícolas pero no logra articular esa relación adecuadamente ni cualifica el alcance de las distintas rebeliones en el contexto insular.⁸⁴ Aunque en este aspecto adelanta un paso respecto al capítulo IX del libro de Díaz Soler que atribuye las rebeliones esclavas a las influencias externas, sobre todo haitianas, el de Baralt carece de la conceptualización teórica que le hubiera permitido enlazar los factores internos —e.g. el deterioro de sus condiciones de vida como consecuencia de las crisis agrícolas y la extensión del cultivo cañero— con las

⁸² Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1986, Prefacio, p. 12; Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History*. Berkeley, University of California Press, 1982. Antes que Wolf, los investigadores cubanos Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva en *Contribución a la historia de la gente sin historia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, mostraron su preocupación por sacar del anonimato a un puñado representativo de los “humildes”.

⁸³ Cf. Las obras de Fernando Picó, *Amargo café (Los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX)*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1981; *Historia general de Puerto Rico...* y el artículo “Time for a Change”...

⁸⁴ Cf. Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982. Para una crítica más detallada de éste y otros trabajos de la “nueva” historia, cf. el artículo de Mariano Negrón Portillo y Raúl Mayo Santana, “Trabajo, producción y conflictos en el siglo XIX: una revisión crítica de las nuevas investigaciones históricas en Puerto Rico”, *Revista de Ciencias Sociales*, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, vol. XXIV, núms. 3-4, julio-diciembre 1985, pp. 470-497 y el de Blanca G. Silvestrini, “Perspectivas de los estudios históricos en Puerto Rico en la década de los sesenta”, *Cuadernos de la Facultad de Humanidades*, núm. 10, 1983, pp. 27-54.

influencias externas, producto de un período de efervescencia revolucionaria a distintos niveles.

La “nueva” historia ha demostrado una percepción más clara del alcance regional de muchos de nuestros problemas históricos pero, lamentablemente ésta no se ha integrado plenamente a sus obras. Los problemas se tratan esencialmente desde la óptica insular y, salvo obligadas referencias para crear un ambiente, apenas se comparan o contrastan con otros afines, o particulares, de la región. De los representantes de la “nueva” historia quien evidencia en sus trabajos una mayor conciencia del contexto caribeño de nuestros problemas es Andrés A. Ramos Mattei. Sus estudios en Londres, la estrecha participación que tuvo en la Asociación de Historiadores del Caribe y su clara percepción de que la industria azucarera, dentro de las particularidades insulares, es uno de los vínculos unitarios de la historia antillana, contribuyeron a que el Caribe fuera un punto de referencia constante en sus trabajos.⁸⁵ Los historiadores que empiezan a publicar mediada la década de los '80 demuestran con bastante asiduidad la preocupación por insertar a Puerto Rico en el marco más amplio de la atmósfera geopolítica y socio-económica prevaleciente en la región durante los períodos que tratan.⁸⁶

El Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras) ha dado recientemente un paso significativo en esa dirección al re-orientar su Programa Graduado (especialmente el doctoral) hacia la especialización en Puerto Rico y el Caribe. La contratación de profesores especializados en distintos países caribeños, reforzada por la regularización del programa de profesores y conferenciantes visitantes y por el fortalecimiento de su Centro de Investigaciones Históricas, que ha extendido el alcance de sus fondos documentales a la región, pone los estudios superiores de historia en el país en la ruta caribeña. Los primeros frutos se perfilan con los temas de tesis, entre los que se vislumbran estudios comparados a nivel regional.

En esta vertiente es justo reconocer el trabajo pionero del Instituto de Estudios del Caribe, de la Facultad de Ciencias Sociales del mismo Recinto, fundado en 1958 con el propósito de promover investigaciones y seminarios interdisciplinarios sobre temas caribeños. Entre sus publicaciones sobresale la revista *Caribbean Studies* (1961-) en la que abundan los artículos sobre

⁸⁵ Cf. Andrés A. Ramos Mattei, “La importación de trabajadores contratados para la industria azucarera puertorriqueña: 1860-1880” en Scarano, *Inmigración y clases sociales...*, pp. 125-141; *Betances en el ciclo revolucionario antillano, 1867-1875*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1985.

⁸⁶ Cf. María Eugenia Estades Font, *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico, 1898-1918. Intereses estratégicos y dominación colonial*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988; Birgit Sonesson, “Puerto Rico’s Commerce, 1835-1865: From Regional to World Wide Market Relations”, a Ph.D. dissertation, New York University, 1985; Jorge Rodríguez Beruff, *Política militar y dominación: Puerto Rico en el contexto latinoamericano*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988.

distintos lugares del Caribe. Su aportación principal radica en facilitar la divulgación de investigaciones sobre otros lugares de la región que van creando la base que permitirá pasar a los estudios comparados. La sección de bibliografía actual, organizada por países, es sumamente útil para seguir la pista a lo que se publica sobre el área.

De igual manera se orienta el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, creado en 1976. Ofrece los grados de Maestría y Doctorado, este último a través de la Universidad de Valladolid y auspicia dos publicaciones periódicas: *La Revista* (1985-) y *Caribe* (1979-).

Los dilemas del siglo XX

El estudio del siglo XX ha presentado no pocos conflictos y contradicciones, sobre todo para los historiadores. La atención prestada por la “nueva” historia a los problemas de la centuria ha sido desigual entre sus miembros y las razones parecen ser diversas como corresponde a la heterogeneidad de sus principales exponentes. Los científicos sociales han demostrado un interés consecuente hacia lo contemporáneo, rasgo fácil de rastrear desde que se estableció en el Recinto de Río Piedras la Facultad de Ciencias Sociales. La aportación del Centro de Investigaciones Sociales (1945) ha sido decisiva en el desarrollo de investigaciones que inciden en la sociedad actual. Ese fue, por ejemplo, el caso del proyecto de antropología social que promovió entre 1948 y 1950, cuyos resultados se recogieron en el libro *The People of Puerto Rico*.⁸⁷ Otros proyectos de variada envergadura le han seguido con sus correspondientes publicaciones. Los trabajos que realizan sus investigadores suelen divulgarse en la *Revista de Ciencias Sociales* (1962-).

La atracción por el siglo XIX que todavía prevalece entre algunos historiadores profesionales, “nuevos” y “tradicionales”, tiene su razón de ser y obedece a situaciones de distinta índole. En la mayoría de los casos existe la conciencia de que no han podido descifrarse muchos de los problemas importantes que lo explican y cuyo conocimiento es necesario para entender los procesos que cronológicamente se insertan en el XX. Ilustran bien esta situación los diversos escritos de Ramos Mattei sobre la industria azucarera, en particular su libro póstumo que trata la transición de la hacienda a la central.⁸⁸ En este sentido no sólo es legítimo sino deseable que continúen los estudios decimonónicos como también hace falta que arrecien otros sobre los siglos anteriores (XVI-XVIII) con enfoques y métodos actualizados.⁸⁹

⁸⁷ Julian H. Steward *et al.*, *The People of Puerto Rico. A Study in Social Anthropology*. 4th. ed., Illinois, College of Social Sciences, University of Puerto Rico, and the University of Illinois Press, 1972.

⁸⁸ Andrés A. Ramos Mattei, *La sociedad del azúcar en Puerto Rico: 1870-1910*. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1988.

⁸⁹ Sobre la necesidad de estudiar las tres primeras centurias de nuestra historia y la dis-

En ocasiones, la naturaleza del asunto a investigar presenta problemas insoslayables como el de las fuentes. Es frecuente en los estudios sobre el XX tropezar con serias dificultades para lograr acceso a ellas, lo que desalienta trabajos incipientes o entorpece la buena marcha de los que persisten afectando en ocasiones los resultados finales. Muestra de ello son las tribulaciones pasadas por Ivonne Acosta para reunir el material que fundamenta su libro *La mordaza*, recogidas por la prensa del país y expuestas por ella en diversas entrevistas. En esta ocasión el tema urticante dificultó llegar a las fuentes; en otras se debe a la desorganización del material en los archivos, su dispersión por distintas agencias del gobierno, el traslado de corporaciones privadas fuera del ámbito insular, etc.

Sin duda alguna, se ha superado el desmedido escrúpulo heredado de la generación del '40 para guardar la distancia cronológica que permitiría acercarnos al siglo actual con criterios objetivos e imparciales. Actualmente existe un marcado interés entre los historiadores por estudiar el siglo XX. La apertura académica que evidencia el Programa Graduado de Historia (UPR) en el ofrecimiento de cursos y seminarios de investigación sobre diferentes aspectos del siglo y la confluencia de estudiantes de historia y de las ciencias sociales constituyen un aliciente adicional a un futuro que se presenta prometedor. Buena parte de su profesorado investiga y publica preferentemente sobre temas del XX. Ese es el caso, por ejemplo, de Gonzalo Córdova, Blanca G. Silvestrini, Ana Sagardía, Delma Arrigoitia, María Dolores Luque, Javier Figueroa y María Eugenia Estades. También empiezan a trabajarse y presentarse tesis de maestría y doctorado sobre asuntos de la historia contemporánea. En la década de los '60 esa situación era muy limitada en el Programa Graduado de Historia.

Un problema que se plantea a los estudiosos del siglo XX, como a los de los siglos anteriores, sólo que en el presente se agrava por los compromisos individuales, es el del enfoque y la metodología con que se enfrentan a él. Es innegable la falta de suficientes trabajos de base desde donde partir para otras investigaciones; en la mayoría de los casos hay que arrancar prácticamente desde cero. Pero a veces, el factor ideológico también incide en la resistencia a enfrentar abiertamente y con profundidad explicativa los problemas de la historia contemporánea pues muchos de ellos llevarían a los autores a cuestionar la validez de los esquemas sociales y políticos prevalecientes. Cuando lo hacen, la interpretación es acrítica.

Tres historias generales de Puerto Rico publicadas recientemente sirven para ilustrar este planteamiento. La primera que se publica es la de Arturo

ponibilidad de fondos documentales en Puerto Rico, cf. María de los Angeles Castro Arroyo, "En busca de los orígenes perdidos: los documentos del siglo XVIII en el Centro de Investigaciones históricas", *Cuadernos de la Facultad de Humanidades*, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, núm. 10, 1983, pp. 53-70.

Morales Carrión, *Puerto Rico. A Political and Cultural History*, en la que fue asistido por un grupo de colaboradores. Presenta ésta una síntesis concebida y escrita para el lector norteamericano y probablemente, aunque no lo exprese, para los puertorriqueños establecidos en el Norte.

...It is not a book written by Puerto Ricans for Puerto Ricans, but by Puerto Ricans who wish to bring their outlooks and scholarship to the attention of the reader in the United States...

.....
 ...Understanding the island and its people involves transcending the confines of American nationalism in an effort at empathy and insight. The reader is cordially invited to this exercise. Only through mutual understanding and respect will the United States and Puerto Rico face with hope and creativity the many baffling and thorny issues of the present.⁹⁰

En la introducción el autor explica que se buscó establecer una perspectiva más balanceada de lo que Puerto Rico constituye como pueblo, como nacionalidad cultural o entidad caribeña particular. Alega que en la búsqueda de una interpretación más equitativa y justa se evadieron polémicas puramente ideológicas; se propusieron presentar un panorama coherente pero reconoce que varios factores quedaron fuera, en particular la historia social.

Se trata, pues, esencialmente, como anuncia el título, de una historia política y administrativa a la que se ha incorporado una parte sobre la historia cultural, escrita por María Teresa Babín. En realidad, la primera parte (siglos XV-XIX) y la tercera (la expresión cultural), sirven de marco para los capítulos del XX que conforman el núcleo del libro. Esta segunda parte es, además, la única que va acompañada de notas al calce; en las otras dos meramente se sugieren títulos para lecturas subsiguientes.

El enfoque y la metodología no se desvían de los patrones de la historia política tradicional, con su énfasis en las iniciativas y los hechos de los líderes al margen de los movimientos sociales. Es elocuente que entre las fuentes consultadas apenas figuren textos representativos de la "nueva" historia puertorriqueña, ni siquiera entre los libros recomendados como lecturas suplementarias para la primera parte. En los capítulos concernientes al siglo XIX se recomienda únicamente *Libertad y servidumbre...* de Fernando Picó.⁹¹ Esta ausencia se hace particularmente sensible si tomamos en consideración que, los enfoque socio-económicos de la "nueva" historia hubiesen

⁹⁰ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico. A Political and Cultural History*. Chapters by María Teresa Babín, Aída R. Caro Costas, Arturo Santana, Luis González Vales, New York, W.W. Norton & Company, Inc., Nashville, American Association for State and Local History, 1983, pp. x, xiii.

⁹¹ *Ibid.*, p. 371; Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX. (Los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café)*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1979.

suplido al menos algunos aspectos de la historia social que dejaron fuera voluntariamente el autor y sus colaboradores. No debe sorprender, entonces, que se conserven los esquemas autonomistas y que el peso de la acción histórica recaiga sobre los próceres de esta ideología. Así, Barbosa es sólo un hábil médico de color educado en Michigan donde se hizo republicano; su opositor, Muñoz Rivera, es una mente brillante y realista, en buena medida autodidacta, de pluma aguda y personalidad imponente y carismática.⁹² Luis A. Ferré es “the Mr. Republican of Puerto Rico, the friend of Nixon, Ford and Reagan” pero Hernández Colón, su sucesor en la gobernación, es un joven y capaz abogado, decidido defensor de la autonomía.⁹³ A partir del momento en que aparece Muñoz Marín en la escena política las explicaciones giran en torno a sus ejecutorias y es su muerte la que termina el consenso político que unía a la “gran familia” puertorriqueña. Totalmente acrítico ante el programa del Partido Popular Democrático, centra la crisis del Puerto Rico actual en la desaparición del líder máximo.

Al prescindir de las aportaciones de la “nueva” historia emite juicios que van a contrapelo de los hallazgos de ésta. Baste como ejemplo la conclusión a que llega respecto a la invasión norteamericana. Mientras los estudios socioeconómicos sobre el siglo XIX demuestran hasta la saciedad el interés económico y geopolítico de los Estados Unidos en las Antillas españolas, incluido Puerto Rico (que el propio autor reconoce) afirma que la conquista de la isla fue un “peculiar offshoot of the Spanish American War, a sideshow of the international crisis over Cuba...”⁹⁴ Independientemente de que la situación coyuntural de Cuba creara las condiciones favorables para una invasión que de otra manera hubiera resultado difícil de justificar, lo cierto es que los Estados Unidos la incluyeron desde el primer momento en los planes de guerra.

Llama poderosamente la atención que en la primera edición de su *Historia general de Puerto Rico*, Fernando Picó, reflexione poco sobre el siglo XX limitándose a ofrecer algunos datos escuetos con lo que contraviene el patrón del libro. En ediciones subsiguientes intenta subsanar, sin conseguirlo, esta lamentable insuficiencia de su obra. Resulta más chocante aún si lo comparamos con el esfuerzo que hace para caracterizar los procesos anteriores, sobre todo los del XIX (sin olvidar las excelentes síntesis de los capítulos 5-6 sobre la economía agropecuaria y la lucha por el tráfico comercial en el Caribe durante los siglos 16 y 17) y si consideramos que ha sido el historiador que con mayor ahínco ha clamado por cambios en los enfoques históricos. Esta renuencia a encarar como problema el siglo que vivimos mantiene la línea de

⁹² Morales Carrión, *Puerto Rico...*, p. 139.

⁹³ *Ibid.*, p. 309.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 133.

la generación precedente que permite obviar impugnaciones y evita encarar la crisis del sistema autonomista bajo el Estado Libre Asociado.

Apenas comienza a circular un nuevo compendio de historia de Puerto Rico escrito por Blanca G. Silvestrini y María Dolores Luque de Sánchez. El sub-título del libro, *Trayectoria de un pueblo*, sigue la idea de la *Historia del pueblo de Puerto Rico* de Morales Carrión.⁹⁵ Como éste, fue concebido y estructurado para la escuela secundaria pero tiene 5 capítulos (de un total de 17) dedicados al siglo XX. Su orientación claramente pedagógica, configurada además dentro de los “moldes” aceptables al Departamento de Instrucción Pública, le augura una amplia difusión no sólo en los medios escolares sino también en los cursos introductorios a nivel universitario. Su tono es cauteloso y evita polémicas, particularmente en los capítulos referentes al XX donde se narran sucesos sin emitir juicios cualitativos de clase alguna. En este sentido la visión sobre el proyecto populista del '40 no rompe con la que heredamos de esa generación.

Las tres historias generales de Puerto Rico a que acabo de hacer referencia difieren en sus énfasis, sus metodologías y enfoques historiográficos pero tienen en común su actitud acrítica ante el sistema en el que estamos inmersos al presente. De ahí que ninguna de ellas produzca una explicación satisfactoria para comprender los problemas de hoy.

Los debates con los científicos sociales

No podemos concluir este sucinto recuento analítico sin aludir de forma específica a las significativas aportaciones de los científicos sociales. Sin duda alguna, sus audaces hipótesis sirvieron de aguijón al letargo que por un tiempo pareció invadir a los historiadores del patio. El carácter irreverente y polémico de buena parte de sus ensayos les motivó a buscar explicaciones bajo postulados remozados y a incorporar a la metodología historiográfica “tradicional” técnicas y métodos de las distintas ramas de las ciencias sociales. El acercamiento ha contribuido considerablemente a enriquecer la discusión en torno a los problemas más acuciantes que enfrenta el país, a los que sirve la historia.

Pero esta afortunada relación interdisciplinaria no evita “encontronazos” académicos entre sus exponentes, derivados principalmente de diferencias metodológicas que necesariamente repercuten en las conclusiones de los trabajos. El punto neurálgico está quizás en el uso intensivo que suelen hacer los científicos sociales de los marcos teóricos, aplicándolos muchas veces como ecuaciones matemáticas que crean a la postre patrones rígidos. Así,

⁹⁵ Blanca G. Silvestrini y María Dolores Luque de Sánchez, *Historia de Puerto Rico: trayectoria de un pueblo*. San Juan de Puerto Rico, Cultural Puertorriqueña, Inc., 1987; *Supra*, n. 42.

presentan con frecuencia hipótesis sugerentes pero carentes de suficiente evidencia documental. Esto provoca de continuo la reacción de muchos historiadores, renuentes a aceptar conclusiones prematuras que bailan sobre arenas movedizas. Y no se trata de “convertir al documento en un fetiche” como intenta caricaturizar Angel G. Quintero Rivera al defenderse de las críticas recibidas por su libro *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*.⁹⁶ Es algo menos sencillo pero mucho más responsable: procurar que esa combinación de comprobación empírica y análisis teórico, por la que él aboga, no se quede en meras sugerencias apoyadas en una farragosa retórica teórica como ha sucedido tantas veces. A estas alturas de la historiografía puertorriqueña el grueso de los historiadores del patio —particularmente los de la “nueva” historia— rebasó hace ya dos décadas el crudo cientificismo positivista que con ejemplos inadecuados pretende achacar Quintero a los historiadores.⁹⁷

Para ilustrar esta situación podemos tomar el caso de las relaciones hacendados-comerciantes que ha sido uno de los problemas de énfasis común para historiadores y científicos sociales. El libro de Quintero Rivera antes citado provee el mejor ejemplo. En éste, el autor presenta a los hacendados y comerciantes como miembros de clases distintas, homogéneas, en choques perennes. Al hacerlo atribuye a cada clase unas características definidas con aspiraciones fijas y modo de conducta moldeada por modelos burgueses. En el análisis elimina —o al menos no considera— las alianzas entre ellos ni los conflictos entre capas intermedias de la misma clase. Al presentar al hacendado siempre sometido al comerciante se olvida de que el comerciante fue también vulnerable al sistema del crédito, como muy bien demuestran los trabajos de Astrid Cubano y María Isabel Bonnin.⁹⁸ Tampoco explica con claridad dónde radicaba la hegemonía social de una clase, la de los hacendados, que él mismo presenta en eterna subordinación económica a la de los comerciantes.⁹⁹ Esta configuración de la sociedad decimonónica, en la que la

⁹⁶ A.G. Quintero Rivera, *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977. El propio Quintero está consciente de la importancia de los documentos puesto que su primera obra, *Lucha obrera...*, es una antología. “...No estando ninguno de nosotros [CEREP] actualmente capacitados para presentar un análisis lo suficientemente profundo y riguroso de esta historia, [la obrera] preferimos publicar una colección de sus grandes documentos; parte de esa historia en su carne viva. No pretendiendo a través de ellos comprenderla (para ello se necesitaría más que una lectura de documentos) sino para quebrar mitos, crear preocupaciones, despertar interés.” Prefacio, p. 6.

⁹⁷ Cf. Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos...*, p. 303 y n. 53.

⁹⁸ Astrid T. Cubano Iguina, “Economía y sociedad en Arecibo en el siglo XIX: los grandes productores y la inmigración de comerciantes” en Scarano, *Inmigración y clases sociales...*, pp. 67-124; María Isabel Bonnin, “Los contratos de refacción y el decaimiento de la hacienda tradicional en Ponce: 1865-1880”, *Op. Cit.*, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 3, (1987-1988), pp. 123-150.

⁹⁹ García, “Nuevos enfoques, viejos problemas...”, en *Historia crítica...*, pp. 52-53.

inmigración se ajusta al esquema propuesto, ha ejercido una manifiesta influencia en escritores posteriores que lo repiten aún en contra de la evidencia de sus propias investigaciones.¹⁰⁰

En *Patricios y plebeyos...*, publicado recientemente, Quintero Rivera dedica el último capítulo a refutar las críticas recibidas por *Conflictos*, a ratificar la mayor parte de los postulados de éste y a explicar lo que él quiso decir y que —según él— ha sido mal interpretado por tantas personas. Incluye incluso un glosario que detalla el alcance de los términos que emplea y de algunos de sus planteamientos para evitar la lectura equivocada del texto.¹⁰¹ A fin de cuentas, busca justificar algunas de sus interpretaciones sugiriendo nuevos conceptos (e.g. “los posibles diversos ‘tiempos históricos’ simultáneos”) o eliminando escollos como el del problema que plantean los inmigrantes cuestionándose la validez de considerarlos extranjeros (“...Y es que, después de todo, todos en Puerto Rico tenemos antepasados que fueron ‘extranjeros’ en algún momento...”) pero no ofrece evidencia adicional que sustente las premisas en las que se reafirma.

Este trabajo demuestra una vez más que no bastan los instintos y los arranques sugestivos por estimulantes que éstos sean. Su primer capítulo, (el ensayo titulado “La capital alterna: los significados clasistas de Ponce y San Juan en la problemática de la cultura nacional puertorriqueña en el cambio de siglo”) es un buen ejemplo de percepciones novedosas e imaginativas montadas sobre una frágil y resbaladiza evidencia que termina por desvirtuar la hipótesis central. En su empeño por demostrar la dicotomía entre San Juan y la “isla”, tesis adelantada por Morales Carrión en *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean...*, y el carácter vanguardista y “ciudadano” de Ponce frente a la “naturaleza oficialista” de la ciudad murada, describe un mundo “dorado” en el que concurren los elementos económicos, políticos y sociales que convierten a Ponce en la ciudad principal, antagónica, supeditada a San Juan sólo por el peso de la autoridad colonial y la influencia de los conservadores peninsulares que constituían su clase dominante.¹⁰² Veamos varios ejemplos para demostrar la incongruencia de algunos de sus planteamientos con relación a la evidencia e incluso a la metodología empleada.

Uno de los elementos que utiliza para demostrar que Ponce era a fines del siglo XIX “el máximo representante... del mundo ciudadano (señorialmente hegemonizado)” es la arquitectura. No es este el lugar para refutar o comentar las imprecisiones en que incurre pero sí debo señalar algunos de los errores metodológicos que le llevan a ellas y que son frecuentes en sus trabajos y en otros provenientes de los científicos sociales: el uso arbitrario —o

¹⁰⁰ Cf. Francisco A. Scarano, “Inmigración y estructura de clases: los hacendados de Ponce, 1815-1845” en *Inmigración y clases sociales...*, pp. 21-22 y ss.

¹⁰¹ Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos...*, pp. 28-330, glosario en las pp. 304-305.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 23-98, 49.

anacrónico— del tiempo histórico; la facilidad de recorrerlo libremente, sin tomar en cuenta sus consecuencias. Esta licencia le permite comparar cosas dispares como las siguientes:

La mayor heterogeneidad y estructuración jerárquica del mundo de la hacienda frente al campesinado cimarrón o estanciero anterior, va a reflejarse también a nivel urbano. De las cinco casas similares que señala Abbad para Caguas en 1782 vamos a encontrar, en los inicios, una distinción estanciera básica en el Naranjito de 1853, entre 18 casas de madera y 32 bohíos, que contrasta con la distinción entre palacetes señoriales y barrios obreros de extrema pobreza en el Ponce de 1899. A fines del Siglo XVIII Ponce, con un evidente y marcado trasfondo contrabandista y cimarrón, era no más que un 'democrático' villorio...¹⁰³

Aunque su propósito es acentuar las diferencias entre la ciudad producto de la hacienda frente a núcleos urbanos del contexto estanciero, la realidad es que compara espacios en tiempos tan distantes que sería anómalo no encontrar contrastes marcados. Además, el desarrollo económico desigual tenía que repercutir proporcionalmente en las estructuras urbanas de sus áreas de influencia. No es la naturaleza de la unidad de la producción agrícola la que determina la expresión arquitectónica urbana sino, entre muchas otras cosas, el nivel de riqueza, el acceso a recursos constructivos de diversa índole (e.g., presencia de arquitectos e ingenieros, mano de obra diestra, materiales de construcción, etc.) y las facilidades de las comunicaciones con el mundo externo.

Algo parecido ocurre en la comparación más amplia entre San Juan y Ponce. Sin reparo alguno contrasta una ciudad fundada en el XVI, circunscrita por el mar y sus murallas, que completa su urbe civil durante la primera mitad del XIX al ritmo de cánones militares, con una ciudad que se transforma sin más fronteras físicas que el mar, a partir del último tercio de ese mismo siglo bajo el impulso de un crecimiento económico sostenido. Al no tomar en cuenta las etapas evolutivas ni las funciones de cada ciudad incurre en errores crasos como el de considerar que las casas de piedra o mampostería con pisos altos de madera y balcón corrido representan "la incorporación de la imagen de la hacienda en el contorno urbano":

...Ponce recoge la práctica, presente en diversos pueblos de toda una amplia región del país pero ausente en San Juan, de construcción (fuera de la llamada zona de piedra) de estructuras de dos plantas en las cuales el primer piso podía ser de mampostería pero el segundo es de madera. Arce nos señala que ese segundo piso semeja, en lo fundamental, a las estructuras de vivienda rural. De alguna forma, la ruralía queda empotrada en una estructura

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 46 y 52.

urbana mixta. Arce apunta también las similitudes entre el patrón de balcón de madera de ese segundo piso... y las galerías de las casas de haciendas...¹⁰⁴

La edificación con piso bajo de piedra o mampostería y piso alto en madera y con balcón fueron propias de las personas acaudaladas de San Juan para los tiempos de fray Iñigo Abbad. En el XIX, acorde con el auge económico, la presión demográfica y las reglamentaciones urbanas prohibiendo las construcciones de madera en las ciudades principales, se generalizan los pisos altos de mampostería y los balcones en las fachadas altas.¹⁰⁵

Aparte de ignorar las etapas evolutivas de dos ciudades en tiempos históricos diferentes, Quintero incurre en otra falla historiográfica frecuente entre los científicos sociales que los diferencian de los historiadores: el desbalance entre las fuentes primarias y las secundarias. El ensayo de marras descansa casi en su totalidad sobre fuentes secundarias cuya solidez no corroboró. Más aún, basa sus hipótesis y supuestos en libros sobre Ponce, escritos muchos de ellos por ponceños, y omite toda la literatura sobre San Juan, a excepción de una breve alusión al libro de Adolfo de Hostos, *Historia de San Juan, ciudad murada*. El mundo cultural de San Juan a fines del XIX y las luchas políticas al pie de los cañones se silencia completamente. No hay base para una comparación sólida cuando sólo se recopila la evidencia y los argumentos afines a la hipótesis que se sustenta.

Del mismo modo maneja los razonamientos que son favorables a su intención de demostrar la superioridad de Ponce sobre San Juan en las postrimerías del régimen español. A través del ensayo recalca para San Juan "el carácter foráneo (identificado con el gobierno español) de su clase dominante", y cómo éste, contrario a lo que ocurre con los hacendados ponceños "no favorecía los intentos de una hegemonía integradora."¹⁰⁶ Por un lado olvida el autor el peso de los hacendados y comerciantes extranjeros en el desarrollo de Ponce, como muy bien evidencian los trabajos de Scarano, y sobre todo los de Ramos Mattei. Los propios chaflanes que tanto celebra como índice de la modernidad urbana afinan en Ponce —según Jorge Rigau— por la presencia catalana dominante entonces en la ciudad. Rigau afirma categóricamente que "...ni la geografía, ni el clima, ni la cultura 'local' influyeron en modo alguno..." e incluso sugiere que fue la tendencia del emigrado catalán a no integrarse lo que propició la imposición de sus valores sobre los de los criollos.¹⁰⁷ Por otra parte, en el último ensayo del libro,

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 58, 61-62. Alude aparentemente a opiniones vertidas por el arquitecto Héctor Arce pues no ofrece referencia alguna de donde obtiene la información.

¹⁰⁵ Cf. María de los Angeles Castro, *Arquitectura en San Juan de Puerto Rico (siglo XIX)*. Universidad de Puerto Rico. Editorial Universitaria, 1980, pp. 70 y 350; "Los moldes imperiales: ordenamiento urbano en los bandos de policía y buen gobierno", *Cuadernos de la Facultad de Humanidades*, Universidad de Puerto Rico, no. 12, 1984, pp. 11-36.

¹⁰⁶ Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos...*, p. 72.

¹⁰⁷ Jorge Rigau, "Ley, academia y cultura en la consolidación urbana de un pueblo. La Real

Quintero refuta la noción de extranjeros porque todos en Puerto Rico descendemos de ellos.¹⁰⁸ Es decir, para él, en Ponce los inmigrantes no son extranjeros pero en San Juan sí. Esta ambivalencia es necesaria para sostener su hipótesis. No es que no haya contrastes, o que Ponce no se destaque de mil maneras, ni mucho menos que no sea importante señalar las diferencias: es el modo de hacerlo y la pobre selección de ejemplos. Hay que descubrir lo que es particular y novedoso pero sin inventarlo.

Agenda para el futuro

Dos décadas después de haberse iniciado el movimiento renovador de la “nueva” historia, la historiografía puertorriqueña se apresta a enfrentar otras inquietudes. De una parte, los representantes de la “nueva” historia se encuentran en plena producción. En varios casos, sus obras más recientes denotan mayor madurez académica que las primeras, muchas de las cuales fueron tesis doctorales con las “cargas” y limitaciones que éstas conllevan. Por otro lado, algunos de sus propios originadores, conscientes de las críticas que les han sido señaladas y de las posiciones un tanto extremas que se han tomado respecto a la historia socio-económica, comienzan a incursionar en campos que estuvieron rezagados al principio. Entre otros, Gervasio L. García destaca la importancia de hacer la historia política bajo enfoques y métodos remozados; Andrés A. Ramos Mattei penetró también la historia política con su libro sobre Betances, y Angel Quintero Rivera ha hecho una notable incursión en el análisis de las manifestaciones culturales. Guillermo Baralt acaba de publicar un excelente libro sobre la Hacienda Buena Vista en el que apreciamos un concepto de historia total que permite una visión más real del mundo decimonónico.¹⁰⁹ Hay, pues, una “nueva” actitud revisionista en el ambiente. De ella participan tanto los de la “nueva historia” como otros historiadores de la generación del '70 y los jóvenes de la del '80 que hacen sus primeras aportaciones a la disciplina.

El compendio de historia de Puerto Rico escrito por Silvestrini y Luque entronca con esta preocupación de quedarse en la historia socio-económica y el deseo de ofrecer una perspectiva más amplia. Las autoras optaron por un concepto abarcador de la historia “que incluye todo el quehacer humano en sociedad”. El “concepto de totalidad en la historia del cual parte la obra” les

Orden del 9 de julio de 1867 en el contexto de Ponce, Puerto Rico”, *Plástica, Revista de la Liga de Arte de San Juan*, año 8, vol. 2, núm. 15, septiembre 1986, pp. 59 y 61.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 314-315.

¹⁰⁹ Gervasio L. García, “La política de la historia de Puerto Rico”, *Op. Cit.*, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 2, 1986-87, pp. 39-50; Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos...*; Guillermo A. Baralt, *La Buena Vista*. San Juan, Fideicomiso de Conservación de Puerto Rico, 1988.

permitió incluir una variedad de temas como el cultural, la participación de la mujer, la migración, la familia, la salud y otros.¹¹⁰ Esta percepción abierta es ya de por sí un valor que salta a la vista. Aunque no desarrolle plenamente estos temas, comprensible en la apretada síntesis de una historia general abreviada para un nivel escolar secundario, el traerlos a la consideración dentro del contexto político y socio-económico del país ayudará a promover una imagen más completa y menos prejuiciada de las áreas de interés histórico.

El libro representa un primer esfuerzo por ofrecer a través de una historia general una visión integrada del acontecer histórico puertorriqueño en el que la cultura, la salud, la geografía y demás componentes del quehacer social dejan de ser abstracciones aisladas para convertirse en parte de la faena cotidiana. Todo importa y contribuye al desarrollo nacional.

Recientemente bauticé al formidable grupo de estudiantes graduados que tomó mi curso de Historiografía Puertorriqueña (1987) —un poco en broma pero muy en serio— como los “novísimos” porque ellos representan la generación próxima a la que corresponderá escribir la “novísima” historia de Puerto Rico. En los debates generados por la discusión de diversos textos dieron muestras inequívocas de su insatisfacción con muchos de los postulados de la “nueva” historia y, sobre todo, con la marginación de problemas y temas que representan retos para ellos. Es decir, buscan ya, desde sus preocupaciones estudiantiles, modos de adelantar el conocimiento de la historia del país apoyándose en los logros de las generaciones precedentes pero reconociendo sus limitaciones con el fin expreso de superarlas. Y es que cada generación concibe la historia de forma distinta. Partiendo de las enseñanzas recibidas, pero agujoneados por sus propias preocupaciones vitales, los “novísimos” encontrarán otros problemas, explorarán “nuevas” metodologías y acabarán por superar las explicaciones de sus maestros a la luz de sus innovadoras aportaciones propias. Dentro de unos años, los “nuevos” de hoy serán parte de la historia “tradicional” cuyas técnicas y enfoques habrán cedido al empuje de visiones más “modernas”.

Pero, en última instancia, no será su condición de “novísimos” o “renovacionistas” lo que será decisivo a la hora de progresar en el conocimiento de nuestra historia, meta a la que todos aspiramos. Lo que en realidad contará es la calidad de sus análisis explicativos y de sus planteamientos teóricos, de su fertilidad para problematizar hechos aislados, y de la amplitud y solidez de su fundamentación frente a versiones más débiles, provengan éstas de historiadores de generaciones anteriores o de la suya propia.

¹¹⁰ Silvestrini y Luque de Sánchez, *op. cit.*, Prefacio, p. 3.